

—Bien.... bien.... teneis razon; mas no perdamos tiempo. ¿Estais enterada de que vengo comisionado por el Santo tribunal de la Fé?

—Eso me han dicho.....

—Y yo deseo, madre mia, que no lo dudeis. Examinad estas letras.

El fraile sacó de la manga un pergamino con los sellos verdes de la Inquisicion y lo mostró desdoblado á la Priora. Ésta, despues que hubo recorrido la órden, se puso lívida, empezó á temblar y esclamó retorciéndose las manos:

—¡Dios de misericordia! Ya veo que sois mi juez, y que os mostraréis inexorable.... pero ¿qué es lo que el Santo Tribunal exige de mí?

—Una declaracion sincera sobre las circunstancias de la muerte de María Quincoces. Temeis mi severidad, mi rigor.... luego os reconoceis culpable.....

—¡Culpable, padre Ambrosio! ¿Y de qué?

—De asesinato.

—Si habeis venido á insultarme; me retiraré: me asiste el derecho de reclamar contra vuestros procedimientos.

—Estais en un error, madre Priora y os exaltais sin motivo ni fundamento. Suponed que no he oido las imprudentes palabras que han pronunciado vuestros lábios, y no olvideis que os hallais sometida á mi jurisdiccion: vuestras reclamaciones serian inútiles, porque mi autorizacion se estiende hasta la facultad de hacer que declaren todas las religiosas del monasterio, y aun hasta la de registrar todos los rincones y bóvedas del edificio. Ya veis pues que estoy decidido á no salir de esta santa casa, sin averiguar la verdad, y que la averiguaré; el mejor partido que podeis tomar es declarármela vos, antes de obligarme á buscarla por mí mismo, y eso os tendrá mas cuenta de lo que creéis, porque no soy tan cruel, como habeis imaginado.

La monja permaneció un rato pensativa, despues de haber escu-

chado estas razones, y aun llegó á figurarse que, confesando lo que habia ocurrido con María, lograría interesar al padre Ambrosio en su favor. Mas el orgullo de su alta clase se sobrepuso á su buen juicio, para rechazar la vergüenza de salvarse, declarando la perfidia con que habia sacrificado á aquella pobre doncella; retratóse de pronto en su altivo rostro toda la soberbia de su corazon, y repuso desdeñosamente con la frente erguida:

—Guardad vuestra compasion, padre Ambrosio, para esas mugeres oscuras, que los familiares arrastran á los calabozos del Santo Oficio. Yo soy la Priora de Santo Domingo el Real y nada temo de sus pesquisas. ¿Pretendeis por ventura que yo me condene á mí misma, tan solo por contentar vuestro capricho?

—De modo que os negais á responder á mis preguntas, observó el religioso con impasible calma.

—¡Oh...! No por cierto; estais autorizado para dirigírmelas en cierto sentido y acato la voluntad de la Santa Inquisicion, que os envia; á lo que me niego es á contestar, como vos quereis.

—Basta, madre Priora, basta: os he aconsejado como debia, por vuestro interés propio. Desde este momento me constituyo en juez.

—Dad principio á vuestras funciones.

—Tened vos buena memoria en este interrogatorio, porque lo firmaréis.

—Lo firmaré.

El padre Ambrosio sacó de la manga de su hábito un tintero y un pergamino preparado para escritura, y preguntó en seguida á la monja:

—¿Es cierto que en la pasada noche penetraron dos hombres en esta clausura?

—Sí, respondió la Priora.

—¿Sabeis quiénes eran?

—No.

—Os doy tiempo para rectificar la respuesta.

—Repito que ignoro quienes eran esos hombres.

—¿Quién les facilitó la entrada en el monasterio?

—Tampoco ha llegado á mi noticia, á pesar de mis esfuerzos para averiguarlo. María tenia cómplices.

—¿Por qué lo decís?

—Porque lo supongo.

—Luego esos hombres vinieron por causa de María.....

—¿Quién lo duda?

Al llegar aquí, conoció el padre Ambrosio que había comenzado por donde debía concluir. Recordó el contenido de las tres cartas anónimas, y dándose una palmada en la frente, exclamó levantándose:

—¿En dónde se encuentra esa desgraciada?

—En el seno de Dios, si se ha arrepentido de sus culpas, contestó temblando la religiosa.

—¿Lo jurais por ese mismo Dios, cuyo nombre habeis pronunciado?

No estaba la Priora segura de que la novicia hubiese muerto y vaciló antes de hablar. Mas haciéndose cargo de que todo se perdía para ella, si daba indicios de debilidad, reunió todas sus fuerzas y dijo:

—Lo juro.

El Padre Ambrosio se limpió el frio sudor que inundaba su venerable rostro, dejóse caer en el sillón y murmuró estas palabras:

—Preséntese sin tardanza toda la comunidad.

Esta orden corrió con la velocidad del relámpago por el monasterio, porque la tornera y tres ó cuatro religiosas que sabían la nueva visita del Guardian de Rueda, estaban en acecho de lo que acontecia en el salón, y volaron á dar parte á las demás de que las llamaban al interrogatorio. Cuando la Priora se dirigia á la puerta del fondo, para dar cumplimiento á la intimacion del fraile, encontró á la mayor parte de ellas reunidas: poco tuvo que esperar á las que faltaban y volvió á entrar al frente de todas.

El padre Ambrosio dominó la emoción que sentía, púsose de nuevo en pie y dijo con acento solemne:

—Hijas mías, acompañadme al *In pace*.

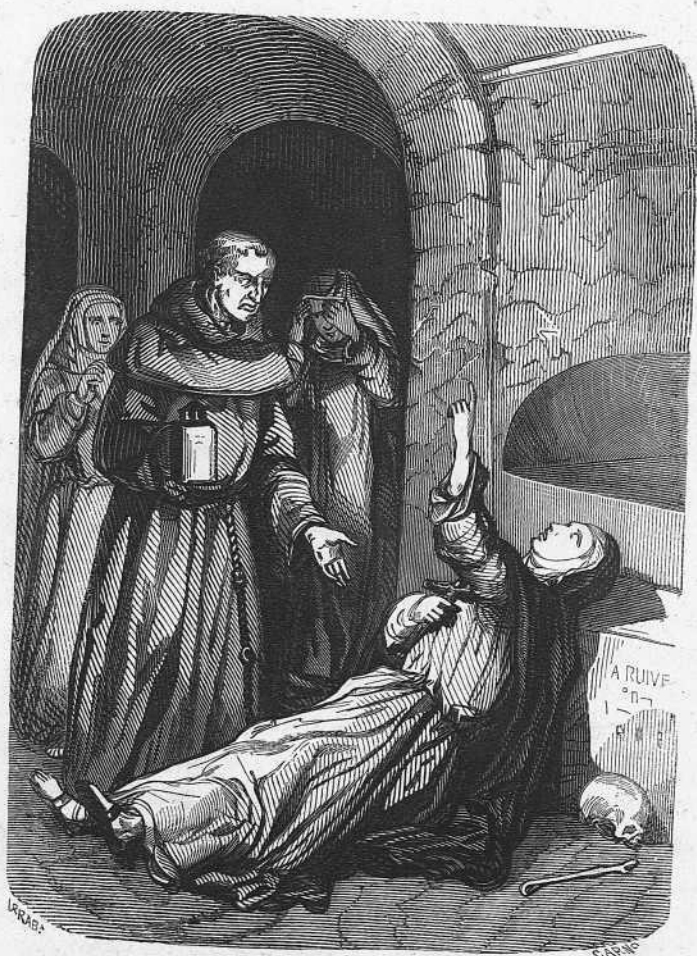
Al escuchar tan terribles palabras, se doblaron las piernas de la Priora, que hubiera caído al suelo desfallecida, á no haberla sostenido algunas monjas en sus brazos. Repúsose no obstante de la fatal impresión que acababa de trastornar sus facultades, persuadida de que solo su energía y su fuerza de voluntad podían salvarla, y echó á andar hacia el claustro, seguida de la comunidad y cerrando la marcha el Guardian delegado del Santo Oficio.

Llegada la comitiva á la puerta de comunicación con los subterráneos del monasterio, abrióse de par en par. El padre Ambrosio entró en el subterráneo é hizo seña á la Priora y á la hermana tornera para que le acompañasen, después de recibir de manos de una de las que debían permanecer en el claustro la linterna sorda que llevaba. Su luz le guió en las revueltas de aquella oscurísima mazmorra, y por los encaracolados escalones que á ella conducían, sin que llegase hasta él una voz, un suspiro, para anunciarle que allí respiraba un ser viviente. Cuando se adelantó hacia la parte mas retirada de la bóveda, el aire húmedo y fétido del calabozo hizo vacilar la luz de la linterna, y el religioso se vió precisado á disminuirla, por medio del resorte, para que no se apagase. Entonces creyó divisar un bulto, cubierto con hábito de religiosa de Santo Domingo y tendido en el helado suelo. Dirigió una mirada á las dos monjas que, sobrecogidas de espanto y de terror, apenas osaban dar un paso, y se acercó poco á poco hacia el bulto, colocando la linterna por delante, para examinarlo mejor. ¡Cuáles fueron su sorpresa y su júbilo, al observar que el bulto hizo un movimiento como para incorporarse!

—¡María! exclamó con una turbación, que revelaba su paternal interés hacia la novicia. ¡María, hija mía! Nada temas.... el Padre Ambrosio de Rueda viene á salvarte.

María abrió los ojos.... pareció como que se reanimaba su lívido





Allí.... en la gloria.... la Virgen santísima de Monserrate
me llama.

semblante, y estendiendo un brazo, estrechó convulsivamente un crucifijo de metal, que junto á su cuerpo habian colocado. Despues señaló con la otra mano hácia el cielo, y murmuró con acento moribundo:

—Allí... en la gloria... la vírgen santísima de Monserrate me llama.

El religioso quedó petrificado al escuchar estas palabras; la Priora y la tornera las oyeron como si saliesen de la tumba, y temblaron como si se hallasen en presencia de un espectro. Y espectro era ciertamente para ellas aquella desdichada víctima de su odio, cuya inocencia reconocian por los crueles remordimientos que desgarraban sus duros corazones, y á la que ningun poder humano debia ya salvar de la bárbara muerte, á que la habian condenado.

El Guardian se inclinó hácia ella derramando copiosas lágrimas, dejó la linterna en el suelo, y dijo imperiosamente á las dos monjas:

—Ayudadme á levantarla; saquémosla de aquí, y la volverémos á la vida.

—Allí... allí... en el cielo... repitió María con voz mas apagada que la vez primera.

Estos fueron sus últimos quejidos, y cuando la tocó el compasivo fraile, habia entregado ya su alma al Criador.

Media hora despues proseguia el padre Ambrosio su interrogatorio en el salon de recibo; mas no era únicamente la Priora la que se hallaba sometida á su juicio: la tornera y otras tres hermanas permanecian delante de él silenciosas, aguardando las primeras razones, que iban á desprenderse de sus labios. Aquel juez implacable, encargado por el mismo Dios del descubrimiento de la iniquidad que se habia cometido, no las hizo esperar mucho: terminó la sentida y ferviente oracion que murmuraba entre dientes y dijo á la tornera:

—Nadie puede entrar en la clausura del monasterio, sin vuestra noticia; pues teneis las llaves de ella. ¿Por qué abristeis á los dos hombres, que vinieron por causa de María?

—No me condeneis, señor.... balbuceó la hermana.

—No os condeno antes de oiros, repuso el Guardian; mas tened mucho cuidado con lo que respondeis. La verdad, hija mia, si no deseais que otro tribunal mas poderoso juzgue vuestra conducta.

—Esos hombres, padre mio, penetraron.... replicó la monja vacilando.

—Por la puerta que les franqueásteis, hija mia. ¿No es cierto?

—Cierto, padre mio....

—¿Qué motivo tuvísteis para hacerlo?

—¡Ah...! ¿Cómo habia de negarme? Mas.... al punto dí cuenta de todo á la madre Priora.

—No lo dudo; y los tristísimos resultados de vuestra vigilancia lo comprueban. ¿Qué decís á eso, madre Priora? Sin duda procuraréis, de acuerdo con la hermana tornera, sorprender á los profanos que....

—Cumplia con mi deber, contestó la Superiora haciendo un penoso esfuerzo.

—Pero.... ¿conocísteis á los atrevidos, que....

—Ya me dirigísteis antes esa misma pregunta y... tambien respondí á ella.

—¿Persistís en la negativa?

—Persisto; nadie me probará lo contrario.

—Hermana tornera, repetid á la madre Priora que no pudísteis negaros á la entrada de los visitantes nocturnos, porque eran hombres, al menos uno de los dos, ante cuya voluntad desaparecen todos los obstáculos. ¿No es esto lo que habeis dado á entender?

—Sí, padre mio.... murmuró la tornera.

—Luego no os eran desconocidos.

—En efecto.... no puedo negar que abrí la puerta de la clausura al protector de María.

—Y como habeis delarado ya que dísteis cuenta de todo á la madre Priora, no hay duda en que tambien la enterásteis, en cumplimiento de vuestra obligacion, de la calidad de las personas que admitíais. ¿lo negais hermana?

—No.... no lo niego, padre mio....

La Priora dirigió á la tornera una mirada de basilisco: el padre Ambrosio no la dió tiempo para reponerse de la zozobra que sentia, al verse cogida en sus propias redes y la preguntó:

—¿Por qué no estorbásteis la entrevista?

—Padre mio, respondió ella con astucia, á pesar de su turbacion ¿no acabais de dar crédito á la hermana tornera, que supone haberme hablado de la clase á que pertenecen los dos hombres, á quienes recibió en el convento? Si su poder era superior al mio ¿qué podia yo hacer?

—Mas.... no conociéndolos, repuso el Guardian irónicamente, debísteis pretender que respetasen vuestra autoridad.

—Solo me tocaba castigar á la novicia, como causa principal de la profanacion.

—Os tocaba evitar que los profanadores la vieses, y pedir auxilio contra ellos: mas.... preferísteis que la falta se consumase, para vengaros de una niña.... ¿Qué hicísteis despues de haberla sorprendido?

—Celebré capítulo y en él quedó convencida.

—¿De qué?

—De haber admitido las caricias de un amante en el monasterio.

—Los hombres eran dos.

—Uno de ellos acompañaba al amante.

—Y fué testigo de todo lo que ocurrió, madre Priora, y ese testigo ha declarado la inocencia de la virtuosa María, sentenciada á una muerte horrorosa, por haber consagrado su pureza á la Virgen de Monserrate, por no haber querido ser reina de España y emperatriz de Alemania. Respondedme ahora ¿quién la condenó á perecer en el *In pace*?

—El capítulo entero, padre mio.

—Si eso ha acontecido, toda la comunidad de Santo Domingo el Real será juzgada por la santa Inquisicion. Examinemos bien lo que acabais de decir. He intimado á las madres, cuando subíamos

del subterráneo, que se presentasen las tres religiosas que me han escrito, excitando mi celo, para la averiguacion de todo lo ocurrido, amenazándolas con un castigo ejemplar, en caso de desobediencia. El temor ha producido en ellas efectos saludables.... Ahí las teneis, añadió señalando hácia las tres monjas, que como hemos indicado, se hallaban en el salon asistiendo al interrogatorio, y que hasta entonces habian permanecido silenciosas. Aquí están las cartas, que me han enviado. Reconozca la suya cada cual y estampe su firma al pié, so pena de salir al punto del monasterio, para pasar á los calabozos del Santo Oficio.

Las tres religiosas se adelantaron, como impelidas por un mismo movimiento, y firmaron sus anónimos escritos.

La desesperacion de la Priora no se revelaba por signo alguno exterior, pero era evidente que embargaba todo su ser; por lo mismo, que se mostraba al parecer insensible é indiferente á cuanto sucedia. Inmóvil, reconcentrada en sus propios pensamientos, con los ojos medio cerrados y la frente algo inclinada sobre el pecho, asemejábase en su actitud á una de esas hermosas estátuas griegas, en cuya formacion nos revela el arte una historia completa de dolores increíbles. Hija segunda de un poderoso magnate de Castilla, fué encerrada en el claustro, cuando llegaba á la dichosa edad, en que la muger nada elige, porque todo en la naturaleza se presenta á su vista hermoso y risueño; despues que pronunció sus votos, empezó á conocer hasta donde llegaba su sacrificio, y lo mucho que hubiera podido brillar en la corte por sus gracias, por su cuna y por su opulencia. La privacion y la penitencia, léjos de amortiguar sus pasiones, las enardecieron, porque habia profesado sin vocacion; y cuando alcanzó la dignidad de Priora, se hizo cruel y vengativa, ya que su propio orgullo, mas bien que una sólida virtud, le vedaba entregarse al vicio. Por esta misma causa, al saber por la tornera del monasterio, que el Emperador se proponia visitar á todo trance á su protegida, se despertó en su ya desgarrado corazon el sentimiento de la envidia, y el ódio profundo que

concibió contra ella la impelió á la venganza, inspirándole la idea de sorprender á María, segura de que el escándalo, en último término, facilitaría mas y mas la ejecucion de sus perversos designios. Ya hemos visto el lamentable resultado de su pérfida conducta.

El imponente acento del Guardian de Rueda volvió á resonar en sus oídos.

—La comunidad de Santo Domingo el Real, dijo el religioso, ha sido calumniada por la madre Priora; la comunidad de Santo Domingo el Real no ha sentenciado á María al *In pace*, aunque ha consentido en el horrendo crimen. Hé aquí sin embargo tres protestas de la comunidad.... se conoce por su contesto y por todo lo demás referente á tan triste negocio, que la madre Priora es la tirana del convento. La madre Priora, añadió levantándose, vá á seguirme ahora mismo al tribunal de la Santa Inquisicion.

Hablando así el padre Ambrosio tocó el velo de la Superiora con sus dedos pulgar é índice, puestos en forma de cruz, y se dirigió hácia el claustro. Ella, comprendiendo lo que aquello significaba, echó á andar tras él pausadamente, en tanto que la tornera y las otras tres religiosas huyeron horrorizadas hácia el interior del monasterio. A la puerta de éste se hallaba estacionado un coche celular, al cual subieron el Guardian y la monja; el coche se detuvo, despues de brevísima carrera, delante de la fachada de las cárceles del Santo Oficio.

CAPITULO XI.

La consulta y el testamento.



LARCON llevó á Yuste desde Plasencia, los tres mas afamados facultativos del país; mas no bien los hubo visto llegar Francesillo, cuando torció el gesto y dijo á su compadre, segun él le llamaba:

—Te has salido con la tuya, á fuer de testarudo; mas ten entendido que Dios te lo tomará en cuenta, como el mayor pecado que hubieras podido cometer. ¿Ignoras que traes la muerte á esta santa casa?

—¿Pretendes acaso, le replicó D. Fernando con enojo, que nuestro augusto enfermo carezca de auxilios?

—El cielo me preserve y lé preserve de los que te acompañan. ¡Tres auxilios graduados, con mas aforismos que quilates de ignorancia y estupidez! ¡Las tres Parcas con gregüescos y valonas! Si

no hiciste cosa de mayor provecho en San Quintín, cuerdamente obraste despidiéndote del servicio militar.

—Dejémonos ahora de burlas, D. Francés; lo que importa es que mis doctores vean al Emperador.

—¡Oh! En cuanto á eso, no me ocurre el menor reparo, y aun debemos satisfacer su curiosidad, porque al fin mi primo Carlitos con cogulla es un fenómeno. Que le vean pues tus tres ministros de la muerte, pero sin que él los vea á ellos.

—Eso es imposible.

—¿Sí? Mas imposible es que viva despues que los haya visto.

—¿Cómo se encuentra ahora?

—Está jugando al gana-pierde.

—Háblame sin retruécanos, porque el negocio es muy sério.

—¿Y crees, compadre Alarcon, que tengo estómago para divertirme? Desde que saliste de aquí á buscar el medio seguro de convertir á Carlitos en cadáver, no ha entrado en mi cuerpo ni una trucha.

—Pero sepamos por último qué significa eso del gana-pierde.

—¡Diablo! Parece que la palabra te hace cosquillas. No te apures, el gana-pierde es una receta maravillosa que, durante tu ausencia, nos ha enviado ese Rey adusto y silencioso, á quien llaman Felipito *segundo*.

—Cada vez lo entiendo menos.

—¿Qué has de entender, andando á caza de los mochuelos que nos traes de regalo? Escúchame bien. Felipillo *el Prudente* ha salido de sus casillas en Flandes, despues de haber pedido perdon al Papa, á consecuencia de las fechorías militares de Álvarez de Toledo. Ahí tienes el gana-pierde.

—¡Cómo! ¿Ha habido noticias de la corte?

—¿Pues no? Ahí dentro, en la estancia de Carlitos, tienes al mensajero del nuevo Monarca de Castilla.

Y era cierto lo que aseguraba el conde D. Francés, porque el rey D. Felipe habia enviado á su padre despachos, en los cuales le

noticiaba la importante victoria de Gravelinas y el arreglo pacífico que habia hecho con el pontífice Paulo IV, por medio de los venecianos, allanándose á restituírle todas las plazas del territorio eclesiástico, que el duque de Alba habia sometido. El Emperador, cuya sólida piedad se habia acrecentado en el retiro, dió fervorosas gracias á la Providencia, porque habia robustecido con un nuevo triunfo la preponderancia de las armas españolas, en premio de la sumision de su hijo á la cabeza visible de la Iglesia. Tan faustas noticias aliviaron algun tanto sus padecimientos físicos, y aunque conocia que su fin se aproximaba, mostraba un semblante alegre y placentero. En esta disposicion de ánimo le hallaron D. Fernando y Francesillo; poco despues de haber salido de su celda el mensajero del Rey.

—Acercaos, amigos míos, les dijo con acento poco seguro y afectuoso. Rato há que no habéis entrado á verme.

—No lo estrañes, primo de mi alma, le respondió D. Francés; estoy reñido de veras con los recados que te envia tu hijo y sucesor. ¿Qué tienes tú que ver con sus negocios, ni con sus batallas? ¿No le has regalado una corona? Pues déjenos en paz.

—Dios quiera que muera contento, repuso D. Carlos, y por eso multiplica las buenas nuevas. Sabed que nuestras armas han tenido una reñidísima funcion con las francesas. Estas, mandadas por el mariscal de Termes, avanzaban hácia Nieuport, despues de haber tomado por asalto á Dunquerque; pero las alcanzó el conde de Egmont cerca de Gravelinas y se trabó el combate, en el cual nos ayudaron mucho los ingleses. El enemigo dejó en el campo de batalla dos mil muertos y tres mil prisioneros, habiendo tenido que rendirse el mariscal Termes y la mayor parte de sus oficiales. Bendigamos á Dios.

Al pronunciar estas palabras, observó Alarcon que se demudaba su rostro y le preguntó:

—¿Quereis que os visiten unos famosos médicos, que vienen de Plasencia?

—¡Ah! exclamó el ilustre monge. Eso prueba que no soy el único que cree en el riesgo que corre mi vida. También vosotros imagináis que pronto vamos á separarnos.

—Yo no imagino semejante cosa, Carlitos, le contestó el bufon con las lágrimas en los ojos; mas tengo por seguro que si se mezcla la medicina en el negocio, no vivirás doce horas.

—Dios me llama, hijos míos, replicó el enfermo y no hay poder en la tierra que contrarie los efectos de su voluntad. Los médicos no harán que muera mas pronto, amigo D. Francés; tampoco, don Fernando, prolongarán mi existencia mas allá del término señalado por el dedo del Omnipotente.

—Pero ese mismo, Señor, insistió el último, nos manda que atendamos á nuestra salud por todos los medios humanos.

—Es verdad.... es verdad.... vengan pues esos hombres, y declárenme qué tiempo me queda para llorar mis culpas.

Al punto fueron introducidos en la humilde morada del gran Emperador los tres médicos de Plasencia. Adelantáronse respetuosamente hasta el lecho que ocupaba, tomaronle el pulso uno tras otro, y uno de ellos preguntó á Alarcon:

—¿Qué remedios se han aplicado al paciente contra esas congojas?

—Sangrías, murmuró D. Fernando.

Los facultativos fruncieron las cejas, y el que habia hablado añadió:

—Debemos entrar en consulta.

—Y yo con vosotros, pajarracos de cementerio, repuso Francesillo; porque no me acomoda que me la pegueis. Quiero enterarme de todo lo que hagais contra los días de mi primo Carlitos, para acusaros despues ante la justicia del rey Felipeillo, que os enseñará los dientes.

Pasaron los médicos y D. Francés á otra celda, y permanecieron junto á la cama del enfermo el reverendo padre Prior, que acababa de entrar con varios monges, y D. Fernando, que no apartaba la

vista de aquel semblante sereno, que revelaba una enfermedad incurable.

El bufon no dió tiempo á los facultativos para que concertasen entre sí sus pareceres, pues inmediatamente tomó la palabra, y les preguntó con descaro:

—¿Qué vamos á hacer ahora?

—Sepamos primero quién sois, le contestó uno de ellos.

—¡Ah! repuso él estirándose, hasta el punto de colocarse perpendicular al suelo sobre las puntas de los piés. ¿Con que no ha llegado mi nombre hasta vosotros? No importa: soy el poderoso conde de Castilla D. Francés de Zúñiga, sobrino del heroico cardenal de las lentejas, hermano del almirante de la gota y del ma de piedra, que ya no engulle cecina, y primo carnal del Monge-emperador, que todavía puede mandar que os ahorquen, antes que le mateis.

—Es loco, murmuró el Galeno.

—Y mi locura, gritó Francesillo, me dá derecho para convertir á los tres en gigote, si no me sacais pronto de la cama vivo y sano á mi primo. ¿Lo entendeis? Pues juguemos con dados de buena ley, como gente honrada. Habeis venido á curarle y le curaréis, mal que os pese.

—Solo puede hacer ese milagro el brazo de Dios.

—Con que segun eso.....

—Mañana será cadáver.

—¡Y es eso todo lo que habeis aprendido!

—Su enfermedad es incurable y le conduce rápidamente al sepulcro.

Don Francés se tapó los oidos con sus manos, para no escuchar tan trislísima sentencia. Ya no le quedaba la menor duda; D. Carlos iba á morir sin remedio; habia llegado su hora, y él tenia que prepararse á tomar su partido. Largo espacio permaneció no obstante pensativo, abismado en profundas cavilaciones, y no observó que los médicos se habian ausentado; mas tenia que volver á la

celda del Emperador, para dar cuenta de la consulta, y esta consideracion le sacó de su melancolía, despertando en su espíritu el escrúpulo de que, si declaraba terminantemente lo que acababa de oír, llegaría tal vez á turbar el reposo de su querido enfermo.

—Pero no, dijo de pronto, respondiendo en alta voz á sus mismos pensamientos. Carlitos es hombre muy capaz de habérselas con la muerte cara á cara, sin guiñar el ojo. Además, conoce poco mas ó menos la desesperada situacion en que se halla y nada alcanzaré con presentarle gato por liebre. Animo pues, Francesillo, y no se cuente de tí que te negaste á poner de manifiesto la última verdad al Monarca, al protector y al amigo, á quien tantas supiste descubrir. Despues.... ya sabes lo que debes hacer: adios eterno á la locura, á la alegría, á los placeres, á los buenos manjares y.... en una palabra, al mundo. En esta soledad hay mucha gente.... Huiré del monasterio de Yuste, para que me traigan á él, cuando ya no exista.... Necesito padecer mucho, ya que tanto he gozado.... ¡Ah! Me ocurre un pensamiento fatal y lo pondré en ejecucion.

Hablando así, se dirigió paso á paso á la celda de D. Carlos; pero antes que entrase en ella, le alcanzó Alarcon, que habia salido para hablar con los facultativos, cuando éstos se retiraban de la consulta.

—¿Estás enterado, le preguntó con doliente acento, de lo que podemos esperar?

—¡Ah, compadre mio! ¡Qué dia! murmuró el bufon. ¡Y verme obligado á noticiarle que, dentro de algunas horas, estará en la eternidad!

—Nada le adviertas, de nada te acuerdes, si él mismo no te pregunta. Lo he dejado en plática con el Prior, y es muy fácil que haya olvidado la venida de esos hombres.

—Entremos pues, D. Fernando; este trance es harto cruel y no sé si me será posible soportarlo.

Don Carlos examinó con una mirada la fisonomía de Francesillo y despues de hacerle con la mano una seña para que se acercase á su lecho, le dijo:

—¿Qué causa has tenido para derramar lágrimas, oh tú, el mas satisfecho y jovial de todos los hombres?

—¡Yo llorar! exclamó el pobre bufon, violentándose horriblemente para lanzar una carcajada. Jamás he estado tan contento.... con asegurarte que tengo hoy un apetito de condenado.... Ya verás el asalto que voy á dar á la despensa del reverendo padre Prior.

—No lo creo.... tu risa es fingida.... tus palabras no espresan lo que sientes, repuso el enfermo.

—¡Ah, Carlitos! Te aseguro que no das en el clavo, le contestó D. Francés, apretando los puños con un movimiento nervioso. Hoy pienso añadir á mis pasadas culpas un centenar de fechorías nuevas. ¡Pobre emparrado del convento! ¡Desdichadísimos capones! ¡Conejos mas infelices todavia!

—¿Me negarás que esos médicos de Plasencia han acertado con mi mal?

—¡Ah....! Los médicos.... los médicos.... Se me figura, Carlitos, que pretendes pasar por brujo.

—Es que he leído en tu semblante que me restan pocas horas de vida.

Don Francés no pudo disimular por mas tiempo el dolor que le desgarraba el alma. Arrojóse de rodillas junto al lecho, ocultó su rostro entre las ropas del mismo y apoderándose de una mano de D. Carlos, la estrechó nerviosamente entre las suyas. Los suspiros y sollozos que lanzaba dieron al traste con la serenidad de Alarcón, que se separó de tan lamentable escena, arrimándose á la ventana del aposento, para dejar correr libremente sus lágrimas. El padre Prior y los monges, que con él habian llegado, acudieron al punto al auxilio del Emperador, quien vivamente afectado con la amarga pena de su bufon, se vió acometido de una congoja, que todos llegaron á imaginar fuese la última. Sobresaltó á D. Francés aquel repentino movimiento y se levantó bruscamente, figurándose que todo habia terminado; pero Alarcón, atraído hácia el lecho por la misma novedad, le hizo entender que D. Carlos vivia aun y

que por lo tanto era preciso que moderase su sentimiento. Pocos instantes despues abrió los ojos el protector de aquellos dos hombres, que habian jurado no abandonarle en su retiro y los fijó tiernamente en ellos.

—Don Fernando.... Don Francés.... pronunció en voz baja, oidme bien, porque el tiempo apremia.

—Aquí estamos, Señor, respondió temblando el antiguo y valiente capitan de los tercios imperiales. Si vais á declararnos vuestra voluntad, nosotros os juramos, á fuer de leales servidores, que será cumplida.

—El monasterio de Yuste y vosotros dos sois mis herederos, prosiguió el moribundo, y alguna cosa tengo que dejaros. Cuando me separé de los negocios y abdiqué á favor de mi hijo, el príncipe D. Felipe, la corona de España, me reservé el derecho de percibir una pension de cien mil escudos. Dos años há que aquí me hallo, y doscientos mil escudos poseo, porque solo he dado á esta santa casa y á las familias pobres del contorno las sumas que conmigo traje, y el importe de mi ajuar. Dejo pues á los monges mis hermanos, para que encomienden á Dios el alma de este miserable pecador, cincuenta mil escudos. *Item*; para buenas obras y limosnas, por mano de nuestro Prior, cincuenta mil. *Item*; á tí, D. Fernando de Alarcon, en premio de la fidelidad que siempre me has guardado, cincuenta mil; y otros tantos á tí, D. Francés de Zúñiga, por lo mucho que me has querido, probándomelo con utilísimos consejos y saludables advertencias. Dispongo además que mis despojos mortales sean enterrados sin pompa ni ostentacion y que se me haga entierro de simple monge de San Gerónimo, porque sin duda ha querido Dios castigarme, por la vanidad de las reales exequias, que he presenciado en vida. Y ahora, padre Prior, añadió dirigiéndose á éste: ordenad que pronto, pronto, se me administre el Santo Viático, despues de la confesion de mis culpas, y que asista á tan solemne ceremonia toda la comunidad, para que me acompañe á recibir dignamente en esta pobre celda al Rey de los reyes.

Edificados quedaron los circunstantes al escuchar las piadosas y humildes razones del César, que con sus huestes invencibles habia dado la ley á Europa; mas no hubo uno solo entre ellos que se atreviese á contestarle, porque ninguno poseia su valor en aquellos momentos angustiosos y el llanto embargaba todas las voces.

Francesillo y D. Fernando, á quien Cárlos de Gante acababa de entregar un papel doblado, que sacó de la manga del hábito, pues se hallaba en el lecho con el traje de monge, se salieron al claustro para dar rienda suelta á su dolor y no afligir con sentidas demostraciones el ánimo del amigo que iba á abandonarles. El Prior se sentó entónces junto á la cabecera de la cama y oyó en confesion al que habia sido su soberano y era entonces su súbdito. Media hora despues bajó á la sacristía, para volver, seguido de todos los religiosos de Yuste, á administrarle los últimos sacramentos, que abren á los mortales las puertas de la eternidad.



CAPITULO XII.

En el cual aparece probado que dos antiguos amigos pueden matarse
à estocadas por una sentencia que no se ha pronunciado.



ETROCEDAMOS otra vez en nuestra narracion.

La Superiora de Santo Domingo el Real de Madrid, acusada por su propia declaracion, que el padre Ambrosio le habia hecho firmar, y por las cartas de las tres monjas del mismo convento, quedó sometida á un juicio riguroso por el tribunal del Santo Oficio; mas como tenia en la corte magnates de gran influencia que la protegiesen, se dió largas al negocio. La Inquisicion sin embargo no soltó su presa, y aunque Gonzalo Perez, (1) secretario de Felipe *segundo*, interpuso todo su valimiento con su Señor para que fuese declarada inocente, no

(1) Padre del desgraciado Antonio Perez, secretario tambien del mismo Monarca, á quien concedió Carlos V cartas de legitimidad, y que tanto figura en nuestra anterior novela D. FELIPE EL PRUDENTE.

pudo alcanzarlo. Con su muerte perdió la Priora el mas firme apoyo con que contaba; y la desgracia, acaecida casi al mismo tiempo, del general D. Luis de Requesens y Zúñiga, preso de orden del Rey, por una equivocacion, en el alcázar de Villagarcía, la privó de todo amparo; pues aunque no faltaban otros grandes, á quienes el parentesco imponia la obligacion de procurar su libertad, ninguno de ellos osó habérselas con el poder de la Suprema, ni con el enojo de D. Felipe. Dos años permaneció la culpable sepultada en un oscuro calabozo, sin que nadie al parecer se acordase de que existia, á escepcion de los familiares que entraban en su hedionda cueva, con el cotidiano alimento que prolongaba su martirio, cuando cierto dia se presentó muy azorado el Inquisidor mayor al tribunal reunido, y ordenó que compareciese á dar sus descargos la presunta rea de la muerte secreta, dada á la novicia María Quincoces.

Cuatro familiares condujeron casi arrastrando á la Priora hasta el enlutado y misterioso salon del Santo Oficio, inmediato á la bóveda del tormento; y bien fué menester que de aquel modo la llevasen, porque la infeliz no podia dar un paso. Presidia al tribunal el Inquisidor mayor, colocado entre dos inquisidores delante de una mesa, sobre la cual ardian dos velas verdes de cera, á ambos lados de un Crucifijo de plata. Junto á otra mesa y con la pluma en la mano, permanecia inmóvil un sacerdote, que era el notario de la causa, y sentados cómodamente en sillones toscos aguardaban la apertura del juicio un religioso sexagenario de la órden de San Francisco, y un caballero flaco, macilento, de nariz aguileña y tristísima mirada.

Sentaron tambien los familiares á la acusada en un banquillo, dando frente á la mesa del tribunal y dos de ellos se quedaron inmediatos á su persona, para sostenerla en caso de necesidad. El Inquisidor mayor mandó que se leyesen la declaracion de la Priora y las tres cartas, que habia unido á ella el padre Ambrosio, únicos documentos acusadores que poseia el Santo Oficio contra aquella

muger. El notario obedeció y terminada la lectura, preguntó á la acusada uno de los jueces.

—¿Qué tiene que alegar la madre contra los hechos, que de lo que ha oído resultan?

—Nada.... nada.... respondió la sin ventura, con desgarrador acento.

—¿Confiesa, prosiguió diciendo el Inquisidor, que habrá como unos dos años, y á deshora de la noche, sorprendió á una novicia del monasterio de Santo Domingo, hablando con un hombre dentro de la clausura?

—Sí, articuló apenas la religiosa.

—¿Confiesa, que habia otro hombre en acecho junto á la puerta, que daba al claustro?

—Sí.

—¿Confiesa, que reunió á las madres en capítulo, para juzgar á la culpable?

—Sí.

—¿Confiesa, que conocia al hombre, que platicaba con la novicia?

—Sí.

—¿Confiesa, que conocia al hombre, que estaba en acecho?

—Sí.

—¿Confiesa, que sentenció á la llamada María Quincoces al *In pace*?

—Sí.

—¿Confiesa, que puso en ejecucion la sentencia, encerrando á María en el subterráneo del monasterio?

—Sí.

—¿Confiesa, que cuando bajó al *In pace* con la hermana tornera y el padre Ambrosio, guardian del convento de San Francisco de Rueda de Medina, presencié la muerte de María Quincoces?

—Sí.

—¿Habia pronunciado sus votos esa jóven?

—Sí.

El religioso franciscano y el caballero se levantaron bruscamente, al escuchar la última afirmación de la acusada. El Inquisidor mayor extendió el brazo hacia ellos y volvieron á sentarse. El que preguntaba dijo á la Priora:

—Si la madre no ha atendido bien á mis razones, las repetiré. ¿Había hecho voto de castidad María Quincoces?

—Sí, pronunció la monja con resolución.

Los tres Inquisidores se miraron con asombro, y un instante después se pusieron á hablar en voz baja.

—Que declare si María Quincoces era religiosa profesada, exclamó con imponente acento un nuevo personaje, que acababa de entrar en el salón.

El caballero que se hallaba junto al religioso se estremeció: los Inquisidores saludaron al recién llegado, que era el fiscal mayor del Santo Oficio, y el que interrogaba á la Priora prosiguió así:

—Jure la madre que María Quincoces había profesado.

—No me es posible prestar ese juramento, contestó nerviosamente la monja.

—¿Por qué?

—Porque María Quincoces solo era novicia cuando murió.

—Ha confesado la madre, que había pronunciado sus votos.....

—Es cierto: se había ofrecido á la Virgen de Monserrate; estaba consagrada al claustro.

—En presencia de Dios, mas no para el mundo, replicó severamente el fiscal. La madre Priora no tenía jurisdicción eclesiástica sobre la novicia; podía reprenderla, penitenciarla y aun despedirla del monasterio, por sus deslices... mas no lo hizo; prefirió condenarla al *In pace*; á morir de hambre y de sed. La madre Priora está convicta y confesa.

—¡Convicta y confesa! murmuró la religiosa.

—En atención á la última circunstancia, añadió el terrible fiscal, cuya voz sobresaltaba cada vez mas al caballero, la dispensamos

de la pena del tormento, ordenando que sea entregada al brazo de la justicia secular como rea de asesinato, para que purgue su crimen en palíbulos afrentosos, con las declaraciones competentes, por lo que toca á la exoneracion de la dignidad claustral, que ha ejercido.

El Inquisidor mayor se levantó con impaciencia y dijo al fiscal, con mal reprimida cólera:

—Cuando Nos presidimos el tribunal, los fiscales no pueden pronunciar sentencia, sin consultarnos.

—No he hecho mas que proponerla, respondió aquel con respeto; el tribunal decidirá.

—El tribunal declara, que el crimen no está probado.

—Lo está, repuso el franciscano, dejando su asiento y acercándose á la mesa.

—Silencio, le interrumpió el presidente. No podeis hablar aquí.

—He sido citado por el fiscal de la causa, para deponer lo que sepa contra la Priora de Santo Domingo, replicó el religioso.

—¿Y qué es lo que sabeis?

El franciscano cogió de la mesa una de las dos velas verdes, que alumbraban al Crucifijo, se dirigió hácia la Priora, levantóse la capucha, que casi le cubria el rostro, y acercando á este la luz, para que lo iluminase de lleno, preguntó á la acusada:

—Madre mia ¿me conoceis?

—¡El padre Ambrosio! gritó ella, retorciéndose los brazos. ¡Mi perseguidor!....

—Vuestro juez inexorable, contestó el Guardian de Rueda.

Y volviéndose hácia el tribunal, añadió:

—Todo lo ha confesado la culpable; mas como las declaraciones en perjuicio propio no constituyen prueba contra el delincuente, aquí estoy yo para corroborar las que acaban de oirse. Juro que la madre Priora de Santo Domingo, al acusarse á sí misma, ha dicho la verdad.

—Por lo tanto, observó el Inquisidor que habia dado principio al interrogatorio, está libre de sufrir la tortura.

—Está libre de toda pena, gritó el caballero, adelantándose hasta la mesa y poniendo en manos del Inquisidor fiscal un pergamino, si se respeta en la tierra la voluntad de los muertos.

—Veamos, replicó el fiscal, y leyó para sí aquel nuevo documento.

—¿Quién sois? preguntó en seguida al caballero.

—No tardará en saberlo D. César de Mendoza, capitán de los tercios en Flandes y fiscal de la Santa Inquisición en Madrid.

Don César, pues no era otro el personage que tan inesperadamente se habia presentado para agravar la situación harto aflictiva de la Priora, examinó al desconocido que acababa de hablarle, hizo un movimiento de sorpresa y dió dos pasos hacia él; mas contuvo de pronto el primer ímpetu de su voluntad, revistiéndose de la fría gravedad, que era el carácter distintivo de su estado, y dijo con aplomo:

—No conozco á este hombre; no recuerdo haberle visto antes de ahora.

—Tal vez, murmuró el caballero, desafiándole con una sonrisa irónica. Creo sin embargo que al venir á este sitio, autorizado competentemente por el Inquisidor mayor, no he traído el propósito de renovar antiguos conocimientos, ni de comprometer voluntades. Ese pergamino es mi mensaje para el tribunal.

—Y el tribunal lo examinará detenidamente, contestó el antiguo amante de María, con desapacible acento. Pido que la acusada vuelva á su encierro, y que mañana comparezca en este mismo lugar, para oír la resolución definitiva del Santo Oficio.

Adoptóse este acuerdo, porque la noche se acercaba y el Inquisidor mayor tenia que asistir al Consejo de Castilla, que iba á evacuar una consulta urgente del Rey. La Priora fue conducida de nuevo á su calabozo por los cuatro familiares, y el caballero desconocido y el padre Ambrosio de Rueda recibieron orden de comparecer al siguiente día, en presencia del tribunal.

—No faltaré á mi puesto, dijo el primero con arrogancia y mi-

rando de hito en hito al fiscal mayor de la Inquisicion. Es mi deber y sabré cumplirlo con entereza, aunque aventure mi vida.

Retiróse acto continuo con el Guardian, á quien enteró en la calle del contenido del mensaje que habia entregado. El religioso lanzó una exclamacion de asombro, y el caballero le convenció de que debia cesar en sus acusaciones contra la Priora, en virtud del nuevo giro que iba á tomar el negocio. Acompañóle en seguida á su alojamiento, que lo tenia el buen padre Ambrosio en el convento de *San Francisco*, que ya existia, y fué construido nuevamente con suntuosa magnificencia bajo el reinado de *Cárlos tercero*, alcanzando el título de *Grande*, con que hoy le conocen en Madrid, para recordar sin duda, que sobre su planta habia florecido el humilde albergue de la poderosa órden mendicante.

Tarde era ya, cuando el caballero se retiraba á su posada, costeando la cerca, que entre la ermita de *San Millan* y el célebre monasterio de la *Concepcion francisca*, abria frente á la calle famosa de *Toledo* un gran portillo. El parage convidaba á los malhechores á un asesinato, y conociéndolo aquel hombre, atravesó, sin abandonar la cerca, por la que hoy es *Plazuela de la Cebada*, con intencion de llegar á la *Puerta de Moros*, por delante de la embocadura de las dos *Cavas*, alta y baja, y de la que en aquel tiempo no era todavia parroquia de *San Andrés*. Mas no pudo conseguir su deseo, porque antes de la terminacion de la tapia, que se unia al antiguo muro de la villa á distancia de unos treinta pasos, le alcanzó un embozado, que hacía tiempo le seguia sin que él lo observase, y que le dijo, poniéndose á su lado, como si tratase de acompañarle un rato:

—Malandas por estos andurriales, amigo mio; pero quien quiera que seas, te ayudaré á salir de apuro, si lo tienes desde aquí hasta el convento de la *Merced*, con tal que te plazca esa ruta.

El caballero se echó de un brinco al medio de la vía, empuñó la espada y contestó con ira:

—Vive Dios, seo guapo, que si no me habla con mas respeto, le atravieso el alma con mi tizona.

—¿Camorra quiere el buen Francesillo? preguntó el otro, previniéndose para la embestida.

—¡Mi nombre! exclamó D. Francés, á quien hemos visto no ha mucho en la Inquisicion. ¡Ah! Ya te conozco.... eres el capitan D. César de Mendoza.... el terrible fiscal del Santo Oficio.... el que intenta hacer morir en afrentoso cadalso á la Priora de Santo Domingo.....

—Y á cuantos se opongan á mi voluntad.

—Sin duda por eso me has seguido hasta aquí.

—Por eso.....

—Bien, D. César; nos veremos las caras.

—No; aquí mismo perecerás á mis manos, si no juras retirar mañana de la mesa del tribunal el pergamino, dándolo por nulo.

—Ese pergamino contiene la última orden del emperador don Carlos y la envia el rey D. Felipe.

—Subirá la Priora al patíbulo.

—Mientes, D. César; no subirá.

—No obstante la voluntad del César, quedará vengada María.

—María ha perdonado á esa muger.

—¿Dónde está la prueba?

—Escucha, capitan Mendoza. El monge de Yuste ha tenido una revelacion; ha visto á la *Mensagera* de la Virgen de Monserrate, á la novicia de Santo Domingo el Real, y ésta le ha dicho: haz, oh! Carlos, que la justicia del mundo perdone á la que fué mi perseguidora, si quieres que la justicia de Dios me perdone el amor que te tuve.

—¿Qué mas?

—¿Te parece poco, D. César? Mañana quedará libre la Priora.

—Al contrario; será ahorcada por mano del verdugo.

—Ven acá, desdichado. ¿Amabas tú á María mas que el Emperador? Pues el Emperador ha querido que se salve la muger criminal, que asesinó á su amada.

—Y porque yo la amaba mas que él, morirá esa muger perversa.

—El Santo Oficio respetará el mensaje de D. Carlos.

—No lo respetará, porque hay parte que pide justicia.

—Y esa parte....

—Es el padre Ambrosio de Rueda, que clamará venganza contra la culpable.

—La yerras de medio á medio.

—¡Qué dices, maldecido!

—Poco á poco; no soy el bufon del Rey de España, para sufrir un insulto, sino un hombre de honor, que sabe lavar una afrenta con sangre.

—Has asegurado que yo mentia, cuando he dicho que el padre Ambrosio....

—No tal; afirmo que el padre Ambrosio no sostendrá mañana sus acusaciones.

—¿Por qué?

—Porque me ha empeñado su palabra, y yo haré que la cumpla.

—Y yo atravesaré tu corazon esta noche, para que no consigas tu propósito.

—Don César, no me provoques, porque estoy resuelto á que se realicen las esperanzas del Emperador.

—Don Francés, no comparezcas mañana ante el tribunal del Santo Oficio, porque me he empeñado en vengar á María.

—Compareceré para quitarte la máscara que te cubre; para probar, relatando tu historia, que el resentimiento y la pasion te inspiran; para decir que eres inquisidor, porque no has podido ser el amante preferido de María Quincoces, que tuvo bastante virtud para despreciar el orgullo de tus padres.

—Calla.... calla.... defiéndete, pues voy á matarte.

—A la buena de Dios, inquisidor Mendoza; tizonas al aire..... es preciso que uno de nosotros deje de asistir al juicio de mañana. Te prevengo que hoy no me herirás impunemente, como en el patio del monasterio de Santa Clara de Plasencia.

Don César arrojó al suelo su capa y desenvainó el acero, que

llevaba oculto; D. Francés se fué hácia él, espada en mano, y las dos armas se cruzaron con encarnizada furia. Aunque los combatientes anhelaban terminar en pocos minutos la pelea, las tinieblas de la noche oponían grande obstáculo á sus deseos. Por fin logró D. Francés estrechar á su enemigo contra la tapia, y le asestó una terrible estocada en el corazon; mas al mismo tiempo sintió que la punta de la tizona contraria penetraba en el suyo. Hincó una rodilla en tierra, lanzando un lúgubre quejido, y D. César dió con su cuerpo contra las losas, sin proferir un ¡ay!

La ronda de corchetes del alcalde de corte Luis Enguídanos, encargada de vigilar aquellos contornos, encontró media hora despues, junto á la muralla, que por el lado de la *Puerta de Moros* cerraba la poblacion, un cadáver y un hombre mortalmente herido. El primero fué llevado á la iglesia de *San Andrés*, y el segundo á su posada, porque conservaba el conocimiento y pudo declarar su nombre y calidad. Cuando le subian por la escalera, acudió á recibirle una muger desgredada y llorosa, que por el ruido inusitado en su portal á tales horas, acababa de presentir algun suceso lamentable. Al verle desangrándose y en brazos de los corchetes, gritó desesperadamente:

—¡Dios mio....! ¡Qué ocurre aquí!

—No es nada, señora mia.... no os asustéis.... todo el asunto está reducido á que acaban de matar á vuestro esposo, respondió Francesillo haciendo un esfuerzo increíble para pronunciar estas palabras, que fueron tambien las últimas, que salieron de sus labios, pues espiró un cuarto de hora despues, con gran sentimiento de cuantos le conocian.

Y aquí debemos al lector algunas esplicaciones.

Hablando consigo mismo D. Francés en el monasterio de Yuste, despues de haber terminado la consulta sobre la enfermedad de don Cárlos los tres doctores de Plasencia, dijo que acababa de ocurrirle un pensamiento fatal y que lo pondria en ejecucion. En efecto, queria mudar de vida, desentenderse de la locura y convertirse en

otro hombre, para mortificarse, para padecer, para llorar la pérdida del mejor amigo que habia tenido en el mundo, y ningun medio le pareció mas á propósito que casarse, pues consideraba que la muger que eligiese, le serviria de torcedor y de penitencia perdurable, hasta el fin de sus dias.

Despues que D. Cárlos se hubo preparado para morir, llamó á su querido bufon y á D. Fernando, para revelarles secretamente un ensueño delicioso que habia tenido. En él habia contemplado á María, tan bella y rozagante como cuando todos la llamaban la *Garza Real*: tierna, amorosa, habíale declarado que le amaba y que muy pronto le estrecharia en sus brazos, en la mansion de la gloria, si lograba de la justicia del Rey el perdon de la implacable muger, que la habia sentenciado á morir de hambre. El monge de Yuste anhelaba purificar su amor á María, perdonando en su nombre á la Priora de Santo Domingo; decia que solo así podia salvarse y ordenó que Alarcon estendiese un mensaje para el rey D. Felipe *segundo*, en el cual le manifestaba su última voluntad.

Don Francés tuvo que sacrificarse al cumplimiento de los deberes, que le imponia la amistad. Persuadido de que ya no volveria á ver á su Carlitos, despidióse de él para siempre, como un padre se despide de su hijo hasta la eternidad, y partió con el mensaje, que presentó al Rey en Valladolid. Don Felipe no pudo negar al moribundo Emperador lo que éste ansiosamente solicitaba, y estampó su firma y real sello al pié de aquel escrito, con recomendaciones eficaces y aun órdenes al Inquisidor mayor, para que la Priora del monasterio de Santo Domingo fuese puesta en libertad.

Francesillo se trasladó á Madrid, noticioso de que la causa obra en el tribunal de la Inquisicion de esta villa. El Inquisidor mayor, despues de haber conferenciado con el mensajero de Cárlos V, le citó para que compareciese en el Santo Oficio de allí á tres dias, y habló al fiscal, para que se activasen unos procedimientos, sepultados hacia ya dos años en las tinieblas del olvido. Don César de Mendoza, disgustado de su carrera militar, porque ningun pre-

mio habia merecido por su valiente arrojo en la batalla de San Quintin, consiguió pasar al estado eclesiástico, y el favor de su familia con el Consejo de la Inquisicion no tardó en proporcionarle la plaza de fiscal de la misma en Madrid. Al enterarse de la causa de la Priora, de la cual no tenia noticia, leyó con avidéz las declaraciones tomadas por el padre Ambrosio, desde que vió figurar en ellas el nombre de María Quincoces, cuyo dulce recuerdo nunca se habia borrado de su corazon. Horrorizóse al examinar las pruebas de la atroz venganza, que la envidia habia consumado en aquella jóven desdichada, y juró á su memoria una expiacion terrible. Este fué el móvil de su conducta en el tribunal, ante cuya jurisdiccion citó al Guardian de Rueda, como testigo irrecusable, cuyo testimonio debia asegurar la sentencia de muerte, que se proponia fulminar contra la Priora de Santo Domingo.

Ya hemos visto el desastroso fin á que le condujo su empeño, y como selló tambien Francesillo, con el sacrificio de su vida, la fidelidad, con que se propuso cumplir los últimos deseos del Emperador.

El buen bufon, resuelto á llevar adelante la fatal idea, que habia concebido en Yuste, se habia casado con la primera muger que le deparó la suerte; mas no pudo lograr que el matrimonio le sirviese de infierno en el mundo, porque á los tres dias de consumado, ocurrieron su comparecencia en el tribunal del Santo Oficio y su desesperado encuentro con D. César de Mendoza.

CAPÍTULO XIII.

La muerte de Cárlos V.



CUANDO D. Fernando de Alarcon se vió solo en el claustro, despues que el Prior de Yuste administró, con toda pompa y solemnidad, á D. Cárlos los santos Sacramentos, se acordó del escrito, que el enfermo habia sacado de la manga y puesto en sus manos.

—Sin duda, murmuró entre dientes, exige de mi fidelidad el cumplimiento de alguna órden, y si es así, quiero conocerla.

Desdobló al punto el papel, y despues de cerciorarse de que se hallaba en aquel sitio sin testigo alguno de vista, leyó lo siguiente:

«Poseo doscientos mil escudos de oro, los cuales se distribuirán, tan luego como Dios disponga de mi alma, en la forma y modo que explicaré á mis leales servidores en otro tiempo, y hoy mis

«queridos hermanos, Fernando de Alarcon y Francés de Zúñiga, «si como espero, los dos me sobreviven. Y el hermano Alarcon «encontrará los mencionados doscientos mil escudos dentro del «gergon de mi pobre lecho, despues que mis restos mortales sean «levantados de él, y conducidos á la santa iglesia. Y le ruego que «los reparta al tenor de mi voluntad y pida á Dios por mi eterno «descanso.»—El hermano CÁRLOS DE GANTE.

Alarcon guardó el papel y entró en la celda del enfermo. A poco rato volvió el Prior y ambos observaron que D. Cárlos dormia tranquilamente.

—Todavia tengo esperanzas, dijo en voz baja el monge, sentándose al lado del antiguo capitan.

—Ninguna abrigo de que se salve, le respondió éste con tristeza.

—¿En qué os fundais? Dios lo puede todo.

—Verdad es, y si quiere hacer un milagro.....

—Tened presente que nuestro hermano no es viejo.

—Conozco perfectamente su edad, padre mio: nació cuando acababan de tener lugar dos acontecimientos deplorables.

—Referídmelos, si no os es molesto.

—Con mucho placer, por mas que su relato nos contriste á los dos. Corria el año de gracia de mil cuatrocientos noventa y ocho, y Fray Francisco Ximenez de Cisneros, que acababa de ocupar la silla arzobispal de Toledo, vacante por haber fallecido el cardenal Mendoza, dió principio por encargo especial del Papa, á la reforma de las órdenes religiosas.

—Me recordais grandes cosas, hijo mio; yo era muy jóven entonces, pero conservo en la memoria la obstinada oposicion de los franciscanos á los reglamentos y á las prescripciones del Arzobispo; como que el general de la órden ofendió tanto á la reina doña Isabel la *Católica*, que ésta, no obstante su acrisolada piedad y gran celo religioso, se vió en la triste precision de arrojarle de los dominios españoles.

—En efecto; el general pasó á Roma y el negocio no tuvo consecuencias, porque templó su amargura la alegre nueva del tercer viage, que hizo á América el famoso almirante Cristóbal Colon, que salió de Sanlúcar de Barrameda el dia 30 de mayo.

—Por cierto que el arrojado piloto genovés no hizo en ese tercer viage menos servicios, que en los anteriores, á la corona de Castilla, porque descubrió nuevas tierras.

—Y esa fué la causa de su desgracia; porque con los recientes descubrimientos se aumentó el número de sus enemigos. Las acusaciones y las calumnias de los que pretendian sucederle, y que se veian protegidos por el obispo de Badajoz Rodrigo de Fonseca, llegaron á tal punto, que D. Fernando y doña Isabel enviaron en su lugar al comendador Bobadilla.

—Ya lo sé, ya lo sé. El tal comendador de Calatrava era hombre colérico, audaz y orgulloso.

—Etais bien informado, padre mio.

—Vaya si lo estoy. No bien llegó á Cuba, Bobadilla, cuando mandó prender al Almirante y le envió á España.

—Tampoco ignoraréis que, léjos de saciarse aquí, con su destitucion del mando, la saña de sus constantes y crueles enemigos le persiguió con nuevo encono.

—Lo peor del asunto, hijo mio, fué que los Reyes *católicos* le despojaron de todos los cargos, bienes y honores que poseia, dejándole únicamente el título de Almirante.

—Hé ahí precisamente uno de los sucesos lamentables de que os hablaba y que coincidió con el nacimiento de D. Carlos.

—¿Cuál fué el otro?

—La llegada á Toledo de los reyes de Portugal, para visitar á sus augustos padres.

—Pero... eso fué muy alegre para Castilla, porque las Cortes les declararon herederos presuntivos de la corona y hubo con tal motivo magníficas fiestas.

—Fiestas aguadas por los disturbios de Aragon. ¿Ignorais que

los estados de este reino no pudieron hacer lo mismo que los de Castilla, sin que se conmoviesen los ánimos? Diputados hubo, ganados segun se presumió por D. Fernando, que se opusieron á la declaracion, alegando que este Monarca era todavía jóven y podia tener hijos, que anulasen por derecho propio el reconocimiento de la infanta doña Isabel.

—Eso no arredró á su intrépida madre la reina de Castilla, pues dijo resueltamente, que *para vencer todas las dificultades, sería acaso mas prudente conquistar el reino de Aragon, que reunir sus Cortes.*

—¿Y qué consiguió con eso?

—¿No lo sabeis? Las Cortes aragonesas reconocieron á la reina de Portugal.

—Decís bien; mas la reina de Portugal, acosada de sinsabores por todas aquellas cosas, que le probaban la antipatía, que su nombre habia inspirado, murió de allí á muy poco tiempo. Ya teneis aquí la segunda desgracia que ocurrió, cuando vino al mundo nuestro enfermo.

—Vedle, hijo mio, con cuanto sosiego reposa. ¿De veras no creéis que sane de ese mal?

—No lo creo, padre Prior, porque su enfermedad es del alma y no del cuerpo.

—Mas nunca he oido decir que los moribundos duerman.

—¿Por qué no ha de hacerlo aquel que tenga la conciencia tranquila?

—Esperemos.... esperemos.

—Es inútil; se ha despedido ya del mundo y estoy seguro de que morirá en breve.

—¿Habrá que enviar un mensaje al rey D. Felipe?

—No os tomeis ese cuidado, porque el hermano Francés de Zúñiga ha partido para la corte.

—¡Ah! ¿Lleva el testamento?

—No, padre mio; el testamento está aquí.

—¿En dónde?

—En mi poder, y cuento con vos para cumplirlo, ya que tengo ese penoso encargo.

—Contad, contad, hijo mio, con mi autoridad hasta donde ella alcance. La voluntad de los que fueron debe ser respetada por todos.... ¡Ah! ¿No habeis oido? Se me figura que ha suspirado y esa es buena señal.

—Al contrario; significa que su respiracion es mas fatigosa.

—Acerquémonos en puntillas, porque me dice el corazon....

—Vuestro corazon os engaña; temo que despierte para entrar en su agonía.

—¡Oh! No me digais eso con tan pasmosa tranquilidad....

—¿Con que imaginais de cierto, que estoy sosegado?

—No me admira en verdad; habeis visto á la muerte tan de cerca en las batallas.....

—¿Y por eso creéis que mi corazon se ha endurecido?

—Creo que no podeis sentir tanto como yo.

—La errais de medio á medio; estoy convencido, y resignado á esta desgracia; hé ahí el misterio.

Al mismo tiempo que el hermano Alarcon pronunciaba estas razones, cruzó D. Carlos los brazos sobre su pecho. Acudió el Prior á él y le preguntó afectuosamente y con el rostro bañado en llanto:

—¿Cómo os sentís, hijo mio?

El paciente le miró y luego miró hácia el cielo.

—Habladme, hijo mio, insistió el religioso, habeis descansado un poco y vuestro mal cederá.

—¿No me habeis comprendido, padre Prior? le contestó con gran pausa el paciente. Os he manifestado que Dios me llama. Exhortadme á bien morir, antes que pierda la facultad de oiros y de entenderos, porque pronto os dejaré.

Y observando que Alarcon se acercaba á su lecho sin hacer ruido, para no incomodarle, añadió mirándole fijamente:

—¿Me visteis, hermano Fernando, en las Cortes de Valladolid, cuando me juraron por Rey de Castilla?

—Os ví, le respondió Alarcon.

—¿Y cuando en Zaragoza puso término mi entereza á la guerra encarnizada, que se hacian las parcialidades de los magnates?

—Tambien os ví, Señor.

—¿Recordais que en Cataluña recibí la nueva de haber sido aclamado como Emperador de Alemania?

—Lo recuerdo.

—¿Quién era entonces mas grande, ni mas poderoso que yo, D. Fernando?

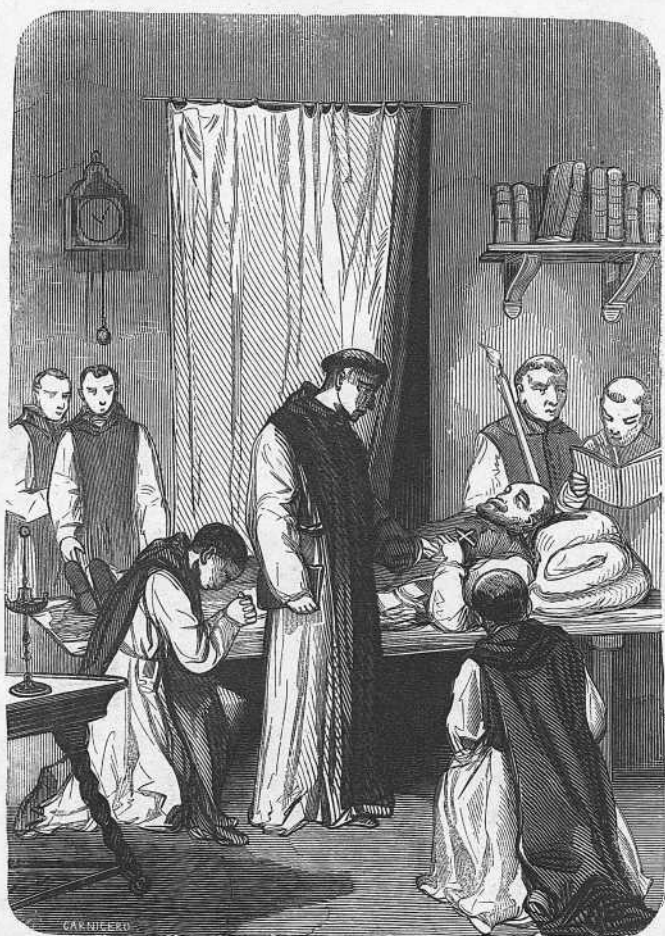
—En efecto; triunfabais del rey Francisco de Francia.

—Sí; del rey Francisco, de ese gran aventurero, tan valiente como constante adversario de mi gloria; de ese monarca galanteador, que mas tarde fué mi prisionero, y cuya derrota enfrente de Pavía será la página mas bella de mi época. ¡Y ahora....! Ya lo estais viendo.... ¿Qué soy, miserable de mí?

El veterano de los tercios de Flandes no pudo soportar en silencio la amargura de tan agradables memorias; empezó á sollozar, cubriéndose el rostro con ambas manos, y aprovechando la ocasion que le ofrecia la llegada de varios religiosos, que anhelaban cerciorarse por sí mismos del estado del enfermo, salió de la celda, para dar libre desahogo á su dolor.

Don Carlos, cuya existencia se apagaba poco á poco, se imaginó que D. Fernando no se habia separado de su lecho y prosiguió hablando con él de esta manera:

—Inescrutables son, hermano y antiguo servidor mio, los arcanos de Dios. Él ha querido convertir toda mi magnificencia en polvo, tocándome en el corazon por medios tan sencillos como increíbles. Una muger me dijo; quiero consagrarme al claustro.... y yo respondí á esa muger; si eso haces, en el claustro morirá el Rey de España. El voto se ha cumplido, porque de aquel famoso Carlos, cuyas huestes guerreras hacian temblar al mundo, solo queda un pobre monge, que en breve será cadáver. Hé aquí en lo que vienen á parar todas las grandezas de la tierra.



Hé aquí en lo que vienen á parar todas las grandezas
de la tierra.

No bien hubo concluido de pronunciar estas palabras, cuando le acometió una terrible congoja, semejante á las anteriores, pero cuyos embates no pudo vencer su trabajado espíritu. Solo salió de ella, para entrar en una agonía lenta, y dolorosa para todos los que la presenciaban, pues él habia perdido enteramente el conocimiento. Avisado Alarcon, corrió deshecho en llanto á postrarse junto á la cama de su Señor, y allí oró fervientemente, para que el cielo abreviase sus angustias, ya que iba á disponer de su alma. Y Dios le oyó sin duda, porque al incorporarse para examinar el rostro de D. Carlos, que batallaba con las ansias de la muerte, un suspiro mas pronunciado que los demás le reveló que en aquel instante dejaba de existir.

El nieto de Maximiliano y de los reyes católicos D. Fernando y doña Isabel, el hijo de la desventurada doña Juana *la loca* y de Felipe *el hermoso*, murió el día 21 de setiembre de 1558, á la edad de cincuenta y ocho años, seis meses y veinte y cinco dias. Mucho se ha escrito acerca de sus prendas, que los estrangeros deprimen y los españoles en general ensalzan, aunque algunos de estos pretenden, con poco criterio, juzgar su política, con arreglo á las exigencias de los partidos, que hoy miserablemente nos dividen. Todos sin embargo, hasta sus mismos detractores, confiesan que poseia en el mas alto grado el don de hacerse amar y el de descubrir á los hombres de talento. Si fué un tirano, como no falta quien asegure con pasmosa serenidad, no le conquistaron ciertamente este título la ilimitada confianza que tenia en sus generales, la generosa esplendidéz con que recompensaba sus servicios, el perdón que otorgó á sus mas pertinaces contrarios y *la práctica de todas las virtudes, que aseguran la fidelidad y empeñan la gratitud y el afecto*, como dice un concienzudo escritor de nuestros dias. El mayor encomio que puede hacerse de la gloriosa memoria de Carlos V, es dejar consignado, que los pueblos, cuya libertad destruyó, llegaron á bendecir su justicia, y su nombre.

CAPITULO XIV.

La absolucion de la Priora.



El día siguiente del desesperado encuentro del conde D. Francés con D. César de Mendoza, compareció ante el tribunal de la Inquisicion el padre Ambrosio. La Priora de Santo Domingo el Real se hallaba ya enfrente de sus jueces, entre los cuales observó el Guardian de Rueda con asombro, que faltaba el implacable fiscal, cuya severidad contra la acusada era el mayor escollo que no dudaba encontrar, así como en la sesion anterior le habia servido de auxiliar poderoso, contra aquella muger, que habia condenado al horrible suplicio del *In pace* á la inocente y virtuosa María. Tambien llamó su atencion con estrañeza la tardanza de Francesillo, encargado por el monge de Yuste y por su hijo el rey D. Felipe de obtener,

á todo trance, la absolucion de la culpable, y no pudo menos de advertir al Inquisidor mayor aquella novedad.

—No os dé cuidado, le respondió éste, por la ausencia de esas dos personas. El antiguo bufon de Cárlos V y el enamorado Capitán de los tercios reales fueron buenos amigos en otro tiempo, y es muy fácil que ahora se entiendan, como se entendian entónces. Tal vez lleguen juntos, cuando mas descuidados estemos.

—¿Y no creéis, le preguntó el padre Ambrosio, que debe comenzar la sesion?

—Sí, por cierto, repuso el Presidente; mas queria deciros antes.....

—¿Qué?

—Que ese mensaje del Emperador, autorizado por el Rey.....

—Ese mensaje es cosa sagrada y el tribunal debe acatarlo.

—¿Eso creéis, padre Ambrosio?

—Eso creo.

—¿Pero sabéis lo que en él se nos exige?

—Lo sé.

—La absolucion de la acusada.....

—Os he dicho ya que no lo ignoro.

—Por Dios, señor Guardian, que no os entiendo.

—¿Se os figura que no me esplico bien claro?

—Imagino que sueño.

—¿Por qué?

—Porque ayer apoyásteis con energía al fiscal, presentándoos como testigo contra la Priora.

—¿Y hoy?

—Hoy opináis que es inocente.....

—Nada de eso, señor Inquisidor mayor.

—¿Pues qué opináis?

—Que por altos respetos, debe ser puesta en libertad.

—Luego os contradecís.....

—¿Y qué....! ¿No puedo pensar hoy de distinto modo que ayer?

—Seguramente, padre Ambrosio, y yo os felicito sinceramente por ese cambio de ideas. Ya veo que estais en el buen camino, y que el fiscal, si llega á tiempo, se encontrará solo.

—Hé ahí lo que es preciso; que se encuentre solo. Y sin embargo, señor presidente.

—Hablad sin recelo.

—Pues bien.... oid. Mi conciencia me dice y me asegura que esa muger es criminal.... que ella asesinó á una candorosa jóven.... ¡Ah! Yo ví, yo ví á la pobre María exhalar el último suspiro en un lóbrego subterráneo... en el *In pace* del monasterio de Santo Domingo.... Las declaraciones de esa monja están ahí....

—Bien.... bien.... padre Ambrosio; pero el hecho es que vos no debeis sentenciar su causa.

—No, gracias á Dios.

—Y que estais persuadido de que la salvacion de un alma exige....

—¡Oh! Sí.... sí.... Ni María ni el emperador Cárlos V pueden salvarse, si el tribunal condena á la Priora. He meditado profundamente, durante el silencio de la pasada noche, y he visto que los altos juicios de Dios han dispuesto, que no se cumpla la justicia de los hombres.

—Mucho celebro que os expliqueis así. Ayer me inspirásteis miedo. ¿Cómo es que no ha venido el caballero, portador del mensaje?

—Lo ignoro.

—No hay duda; estará persuadiendo al fiscal.... Mas no podemos esperarles, porque se pasa el tiempo. Voy pues á abrir el uicio; sentaos en el sitio, que os corresponde.

El Inquisidor mayor agitó una campanilla, á cuya señal el sacerdote, que hacia de secretario y que ocupaba una mesa separada de la del tribunal, leyó las actuaciones del dia anterior. El juez, que habia ya preguntado á la acusada, se dirigió de nuevo á ella y la dijo:

—¿Teneis alguna otra cosa que declarar?

La Piora nada contestó. Estaba inmóvil, como una estatua de piedra.

—¿Creeis en conciencia, añadió el Inquisidor, que obrásteis cristianamente, y en cumplimiento de las obligaciones, que os imponia vuestra autoridad, sentenciando á muerte, en vuestra jurisdiccion eclesiástica, á la novicia María Quincoces?

La acusada no desplegó los labios. Tenia los ojos desmesuradamente abiertos y no pestañeaba.

—Padre Ambrosio, prosiguió el juez ¿persistís en vuestra acusacion contra la madre Piora de Santo Domingo el Real?

—La retiro, contestó debilmente el Guardian de Rueda.

—¿Os confesais perjuro?

—No; todo lo que he firmado es verdad.

—¿Por qué pues retirais vuestras imputaciones contra la acusada?

—Porque mi conciencia me inspira, que debo dejar á Dios el cuidado de castigar su delito.

Los tres jueces se consultaron en voz baja; luego llamaron al secretario, quien despues de recibir sus órdenes, volvió á su mesa y escribió en un pergamino la sentencia, que les llevó á firmar. Hiciéronlo así, y el Inquisidor mayor estampó al pié de su rúbrica el sello, con las armas del Santo Oficio. Concluida esta operacion, se levantó de su asiento y dijo:

—El tribunal absuelve de toda pena á la Piora de Santo Domingo el Real de la villa de Madrid, y manda que inmediatamente sea conducida á su monasterio, con todas las consideraciones debidas á su clase.

La religiosa ó no escuchó estas razones ó no dió muestras de que hiciesen la menor impresion en su ánimo, porque permaneció impassible, como si no la interesasen, lo cual causó á los inquisidores y al padre Ambrosio la mayor estrañeza. Éste último se acercó á ella y la dijo:

—Levantaos, madre mia; estais libre desde hoy y solo debeis dar cuenta al cielo de vuestro crimen.

Observó entónces que la Priora, aunque seguia con los ojos abiertos, no le miraba. Hizo una seña á los jueces, acudieron éstos, y al cerciorarse de la inmovilidad de aquella muger, imaginaron que la habia acometido algun accidente.

—Os equivocais de medio á medio, les dijo el Guardian de Rueda. La justicia de Dios no ha querido sancionar el fallo de los hombres y acaba de cumplirse el voto de mi conciencia. He manifestado al tribunal que debia castigarla el cielo, y el cielo la ha castigado.

—¡Muerta! exclamaron con asombro los tres inquisidores.

—Muerta, repitió el padre Ambrosio. Disponed de sus despojos mortales; en cuanto á su alma.... ¿dónde estará!

La Priora en efecto habia espirado, sin tener el consuelo de oir que el tribunal de la Inquisicion la habia perdonado. Quebrantada por el martirio de una larga prision, habia sido llevada exánime, por segunda vez, á presencia de sus terribles jueces, y al ver entre ellos al Guardian se figuró que su condenacion era segura. Fué por lo mismo tan fuerte é instantánea la impresion, que la horrible perspectiva de su suplicio imprimió en su ánimo, que no pudo sufrirla. Oprimiósele el corazon, la sangre quedó paralizada en sus venas y ni aun aliento tuvo para quejarse: cuando el padre Ambrosio la aplazaba para el tribunal de Dios, daba la infeliz el último suspiro.

Su cuerpo fué trasladado al convento de Santo Domingo, en cuya iglesia se celebraron sus funerales con gran pompa, como si hubiese muerto en el ejercicio de la dignidad de Priora. El público nada llegó á entender de lo que habia ocurrido, y la causa, con las declaraciones actuadas por el padre Ambrosio, así como las cartas, que á éste habian escrito las tres monjas, sobre la desgracia de María, se quemaron secretamente.

El negocio de D. Francés de Zúñiga, ex-bufon de Carlos V y de D. César de Mendoza, ex-capitan de los tercios castellanos, metió bastante ruido, y aun llegó á llamar la atencion del rey D. Felipe,

cuyas disposiciones contra los desafíos eran muy rigurosas. El secretario Antonio Perez, que entónces gozaba de todo el afecto y confianza de su amo, recibió orden de poner en claro aquel suceso, lo cual no era por cierto empresa muy fácil, pues el combate nocturno se habia verificado sin testigos y los dos batalladores habian muerto. Con todo, el secretario, que era hombre muy sagaz, y que se empeñaba en cumplir los deseos del Rey, llegó á descubrir que el capitan Mendoza, retirado hacía algun tiempo del servicio, desempeñaba un cargo de importancia en el Santo Oficio. Habló en consecuencia al Inquisidor Mayor, y al entender éste que el fiscal habia perecido á manos de D. Francés, precisamente en la noche del primer juicio de la Priora, supuso desde luego que su tenacidad en acriminar á ésta le habia acarreado su desdicha. Comunicó sus conjeturas á Antonio Perez, y no hubo menester mas, para que el despejado entendimiento de D. Felipe se convenciese de la verdad, y adivinase todo lo que habia acontecido. Mas como no se encontraba delincuente alguno, y el padre Ambrósio, único que podia dar esplicaciones, respecto á la conducta de Francesillo, con quien aquella noche habia salido de la Inquisicion, se hallaba en viage para Roma, el Rey ordenó que cesasen las averiguaciones y se tuviese el asunto por terminado.

Desde entónces no volvió á hablarse en la corte, del rabioso duelo, que habia costado dos vidas.

CONCLUSION.

La cuenta saldada.



eis años despues de los sucesos que llevamos referidos, y como á la caída de la tarde de un hermoso dia de otoño, entraba un anciano religioso de la órden de San Gerónimo en la iglesia del convento de San Francisco de Rueda de Medina. Las sandalias, que cubrian sus piés ennegrecidos, el nudoso báculo de fresno, en que se apoyaba, y su tez morena y su ropon lleno de polvo, y á trechos de lodo seco, daban claramente á entender que llegaba de un largo viage.

Gran espacio de tiempo oró con edificante recogimiento, postrado en una capilla de nuestra Señora de las Angustias, situada al lado izquierdo de la nave del templo, y cuando se levantó tenia preñados de lágrimas los ojos. Tristes recuerdos asaltaban sin duda en aquel

instante su imaginacion, porque suspiraba amargamente, y su venerable rostro, ajado por la edad, ó tal vez por hondos pesares, revelaba en sus arrugas pronunciadas y en el abatimiento, que era el carácter distintivo de su fisonomía, una existencia agitada.

Echó mano á un pesado zurrón, que para rezar habia dejado sobre las losas de la capilla, y viendo á un lego de la casa, que atravesaba la iglesia en direccion á la sacristía, llegóse á él y le preguntó:

—¿Puede decirme, si se halla en el convento el muy reverendo Guardian?

—Nuestro padre, le contestó el lego respetuosamente, se recogió anoche muy temprano, porque ha andado mucho camino en poco tiempo.

—El mismo que yo, repuso el monge sonriéndose con melancolía; pero él ha cabalgado.

—¿Y vuestra reverencia? observó el lego.

—¡Oh! Yo siempre camino á pié.

—No vendrá vuestra Reverencia de tan léjos, como ha venido el Padre Guardian.

—¿Quién sabe?

—Imposible: ayer mismo llegó de Roma.

—De Roma vengo yo tambien, hijo mio.

—¡Ah...! ¡De Roma, nada menos...! ¡Y á pié!

—¡Cómo ha de ser! No todos somos Generales de la órden del seráfico Padre San Francisco.

—¿Con qué ya sabe vuestra Reverencia la nueva dignidad de nuestro buen prelado?

—El mismo Papa me dió la noticia.

—¡El Papa...! Es decir que....

—Que he hablado con el Papa en Roma y.... nada mas.

—Esplíqueme vuestra Reverencia su deseo.

—Mi deseo es bien sencillo; he preguntado por el Padre Guardian de esta santa casa, porque necesito tener una entrevista con él.

—Sígueme vuestra Reverencia.

El lego guió al monje por los claustros, hasta la celda del Padre Ambrosio, que en aquel momento leía en un libro de oraciones. El monje saludó humildemente desde la puerta, el lego se retiró y el Guardian dijo con tembloroso acento.

—Entre quien sea.

Miráronse cara á cara los dos ancianos y el de menos edad, que era el que llegaba, preguntó al otro:

—¿Tendré la fortuna de que me conozca el Muy Reverendo Padre Ambrosio de Rueda?

—No caigo.... respondió éste; acaso la edad haya cambiado mucho vuestra fisonomía.

—Eso debe ser, repuso el monje. Y sin embargo, me habeis visto bastantes veces antes de ahora.

—No lo dudo.... no lo dudo,... y basta con que vos me lo digais. Recordadme al menos alguna circunstancia.... ó pronunciad vuestro nombre, despues que tomeis asiento.

—Fatigado estoy en verdad y quiero aprovecharme de vuestra vénia, con tal que os sentéis tambien.

Acomodáronse ambos en sendas poltronas y el padre Ambrosio prosiguió el comenzado coloquio, diciendo:

—Vuestro santo hábito me indica que pertenecéis á la órden de San Gerónimo.

—Deteriorado está el pobre ropon, contestó el monje. Pero ¡qué mucho si lo estrené en el año de gracia de 1558!

—¡Es posible! Pues no me parece tan viejo para haber hecho tanto servicio. En 1558 decis.... Época es esa, que despierta en mi imaginacion lúgubres recuerdos.

—¡Pues y en la mia! ¡Cuándo podré olvidar lo que ví en el monasterio de Yuste!

—¡De Yuste....! ¡Habeis estado en Yuste!

—A ese retiro me acoji, desengañado del mundo.

—¿Y conocísteis en él al célebre monge, que un tiempo fué el famoso emperador Cárlos V?

—¡Si le conocí, me preguntais! Tened entendido Padre Ambrosio.....

—Perdonad amigo mio; á nada conduce lo que hablamos, mientras yo no sepa quien sois.

—¿No recordais haberme visto nunca en Valladolid?

—No lo recuerdo.

—¿Ni en Madrid?

—Tampoco.

—Me refiero á un tiempo lejano..... antes de la guerra de las Comunidades.....

—¿Cómo quereis que haga memoria, al cabo de mis años?

—Bien; ya que en Roma no pude deciros mi nombre, lo sabreis aquí.

—¡En Roma! Me llenais de asombro. De allí llegué ayer....

—No lo ignoro; yo he llegado hoy.

—¿De Roma?

—De Roma.

—¿Fuísteis á la gran ciudad, por cumplir alguna penitencia?

—Fuí á buscaros.

—¿A mí!

—A vos. ¿Tiene esto algo de particular? Supe que en Roma os encontraría, y me puse en marcha.

—Pero al menos me explicareis el motivo....

—Desgraciadamente emprendisteis vuestro viage para España, antes de que lograse yo hablaros, lo cual me obligó á desandar lo andado. Vos volvísteis rodeando por Francia y yo me embarqué en Nápoles para Barcelona; de modo que casi hemos llegado al mismo tiempo.

—Perfectamente en cuanto al viage; mas no saco en limpio de vuestras palabras....

—¿Qué quereis sacar?

—La causa de vuestro empeño en seguirme.

—Cuando fui á Roma, no tenia mas que una; ahora tengo dos.

—Por fin vais á enterarme....

—Mi primera obligacion es obedecer los preceptos del Vicario de Jesucristo en la tierra.

—¿Qué pretendéis darme á entender con eso?

—Que traigo orden del Papa, en la cual se os previene que pasedeis á Madrid.

—¿Con qué objeto?

—Como General de los franciscanos.

—Sí; mas.... ¿para qué?

—El rey D. Felipe se halla en esa villa.

—Lo sé. Ha ido á inspeccionar las nuevas obras, que por su mandato se ejecutan en el alcázar.

—Y.... es preciso que publique y haga observar en España el santo concilio de Trento.

—¡Ah.....! ¿Estais seguro de que el Papa.

—Leed vos mismo.

El monge sacó de la manga un pergamino y lo puso en las manos del padre Ambrosio. Éste, despues de haberlo recorrido, exclamó:

—No hay duda: es la decision del cónclave; yo aconsejaré decididamente al Rey, que la cumpla en todos los puntos que abraza.

—Ya estais al cabo, observó el religioso de San Gerónimo, de uno de los motivos, que me obligaban á buscaros en Italia y en Castilla.

—No me ocultéis el otro; habeis excitado poderosamente mi curiosidad.

—El otro se refiere á recuerdos antiguos. ¿No conocisteis al cardenal D. Fray Francisco Ximenez de Cisneros?

—Tuve la inapreciable fortuna de ser su amigo, casi su hermano, salvo el profundo respeto, que sus virtudes me inspiraban.

—¿No tenía el Cardenal cierto bufon, cierto loco desvergonzado.....

—¡Ah! ¡Qué memoria tan triste....! ¡Pobre conde D. Francés!

—Creo que en efecto ese era su nombre. ¿Podeis darme noticias de su paradero?

—¡Cómo! ¿No sabeis que pereció en desafío?

—¡Qué me referís, padre Ambrosio!

—Hace ya muy cerca de seis años, que ocurrió el suceso. Murió á manos de un antiguo capitan de los tercios, llamado D. César de Mendoza.

—¡Dios eterno....! ¡A manos de D. César!

—Luego conocíais al Capitan....

—Contadme.... contadme, padre Ambrosio, toda esa historia, porque me interesa mucho mas de lo que podeis imaginaros.

El Guardian no se hizo rogar dos veces y enteró al monge del desgraciado fin de María, del juicio y muerte de la Priora de Santo Domingo el Real en la Inquisicion de Madrid y del furioso encuentro del fiscal D. César de Mendoza con D. Francés de Zúñiga.

—Lamentables infortunios fueron esos, exclamó el fraile gerónimo, luego que el franciscano hubo cesado de hablar: mi corazon se ha estremecido mas de una vez, durante vuestra relacion y....

Los sollozos le impidieron continuar y el Guardian, admirado del profundo pesar que manifestaba, por unos acontecimientos que, al parecer, debian ser indiferentes para él, le preguntó:

—¿Persistiréis todavía en ocultarme quien sois?

—¡Quien soy....! ¡Quien soy....! respondió el monge de Yuste, deshecho en lágrimas. ¿Es posible que lo ignoreis todavía, padre Ambrosio de Rueda? Soy.... un desgraciado, á quien contrarió la suerte desde los primeros pasos; un hombre que imaginó hacer brillante fortuna y que se hundió en el abismo de la desventura. Vos, padre Ambrosio, me conocísteis, cuando rozagante y lleno de orgullo, comenzaba mi carrera, bajo los mas felices auspicios. Servia

en los tercios castellanos, en clase de alférez, cuando una pasión insensata dió al traste con todos mis pensamientos de ambición y de gloria. Esa María, que habeis nombrado, esa doncella sacrificada en la flor de su juventud, inspiró un amor violento á tres corazones.... ¡Ah! ¡Qué memorias tan tristes....! Don César de Mendoza, muerto en desafío.... Don Carlos de Gante, rey de España y emperador invicto de Alemania, espirando en el monasterio solitario de Yuste.... ¡y yo....! yo sobrevivo todavía á mi protector y á mi amigo.... ¿Habeis olvidado aquella escena de Madrid, en que yo daba cuenta al cardenal Ximenez de Cisneros de un mensaje de la reina doña Juana, y que fué interrumpida bruscamente por los mandobles y reveses, que descargaba el loco D. Francés, sobre unos jarrones de alabastro?

—¡Será posible! exclamó el General de los franciscanos. ¡Vos....! ¡Vos, D. Fernando de Alarcon! venid á mis brazos.

Y levantándose precipitadamente estrechó al monge contra su pecho.

—El mismo soy, padre Ambrosio, el mismo, dijo el último; con el cuerpo viejo y el corazón tan joven como en mis floridos años. Escuchadme ahora. Acompañé al Emperador hasta su último instante, pero su confianza impuso á mi fidelidad deberes que cumplir despues de su muerte.

—Y los cumplisteis, repuso el Guardian; estoy seguro de ello.

—No, padre Ambrosio, no. Cincuenta mil escudos de oro entregué al monasterio de Yuste; otros cincuenta mil distribuyó aquel Padre Prior entre las familias pobres de la comarca de Plasencia; pero D. Carlos depositó en mi poder doscientos mil.

—¿Qué hicisteis de los cien mil restantes?

—De ellos debo entregar cincuenta mil al conde D. Francés....

—Dádselos á su pobre viuda. Francesillo se casó en Madrid, en el último viage que hizo desde Yuste, y á los tres dias era ya un cadáver.

—¿Quereis encargaros de esa manda, padre Ambrosio?

—Con muchísimo contento, y pues he de pasar á la nueva corte, que está preparando el rey D. Felipe, evacuaré al mismo tiempo con eficacia esa piadosa diligencia.

—Solo me falta disponer de los otros cincuenta mil escudos.

—Disponer habeis dicho....

—He usado la palabra mas propia.

—¿Cómo así?

—Porque son mios, pues D. Cárlos me los dejó, en prueba del afecto que me profesaba.

—En tal caso me atrevería á daros un consejo.

—Y yo lo recibiré como de quien viene.

—La edad y los pesares han enervado vuestras fuerzas; debeis consignar por escrito vuestra última voluntad, antes que la muerte.....

—¿Y creeis que de ese modo quedará saldada mi cuenta con el emperador Cárlos V?

—Indudablemente. ¿Teneis algun heredero forzoso?

—No.

—Pues bien; podeis testar en favor de quien os viniere á cuento.

—Esta misma noche lo haré. Solo que debo advertiros, por la misma razon de un suceso imprevisto, que los cincuenta mil escudos de D. Francés y los mios están depositados en el gergon de la cama, que debo ocupar en la posada de la *Estrella de Castilla*. Y ahora dadme vuestro permiso para retirarme, porque necesito descanso.

—¿Por qué no os quedais en el convento, Padre Alarcon?

—Hoy no.... mañana.... mañana acaso me tendréis por vuestro huésped.

—Como gustéis; este convento es vuestra casa.

—Espero que lo será, mediante la misericordia de Dios.

Al siguiente dia muy temprano corrió la voz por Rueda de Me-

dina, de que en la posada de la *Estrella de Castilla* habia muerto un monge de San Gerónimo. No bien llegó la nueva á oídos del General de los franciscanos, cuando acudió sin detenerse y encontró al Padre Alarcon sin vida en su lecho. Su alma habia pasado tranquilamente, desde el sueño á la eternidad.

Sobre una mesa habia un papel cerrado con cera verde y dirigido al Padre Ambrosio, Guardian de San Francisco. Abriólo éste y leyó las siguientes palabras:

«Lego al convento de San Francisco de Rueda los cincuenta mil escudos de oro, que me dejó el César; y pues el Padre Ambrosio me ha ofrecido hospitalidad, le pido una sepultura en su claustro para mi cuerpo.»

El padre FERNANDO DE ALARCON.

El General de los franciscanos encontró en el gergon del finado los cien mil escudos y los distribuyó, por iguales partes, entre el convento de Rueda y la viuda de Francesillo, saldando de este modo la cuenta del antiguo Capitan de los tercios reales, con su augusto amo el monge de Yuste.



CUATRO PALABRAS MAS.

El autor de la novela á sus lectores.



A ha fallecido el héroe de Túnez, el vencedor de la Liga formada por los reyes de Francia y de Inglaterra, para arrebatarle de las manos la corona de Alemania, el que con sus altos pensamientos conquistó los corazones de sus súbditos y el afecto de las ciudades comuneras sometidas, al mismo tiempo que con sus armas dió la ley á la Europa entera.

¿Cuál fué el término de tantas victorias y de tanta grandeza?
¿En dónde se ocultaron el boato y la magnificencia de dos Cortes, que eran las primeras del mundo, y que excitaban con razon la envidia, los celos y el temor en todas las testas coronadas? Ya lo

sabemos.... Un claustro sirvió de morada real al magnánimo nieto de los Reyes católicos.... Un humilde sepulcro, en solitario monasterio, cubrió sus cenizas.

Hasta aquí no se contradicen la historia y la novela: ambas convienen en el hecho principal de la abdicacion de Cárlos de Gante, á favor del adusto D. Felipe *el Prudente*, en su voluntario retiro á la soledad de Yuste, y en su muerte, acaecida dos años despues de tan extraordinario como increíble sacrificio. Pasemos adelante y veamos si la novela es mas afortunada que la historia, al inquirir las causas, que obligaron al Rey-Emperador á no contentarse con estos dos títulos y á apeteecer el de Monge.

¿Cuándo renunció D. Cárlos el dominio de Flandes, el de Borgoña y el gran maestrazgo de la órden del Toison ya que estos fueron los primeros pasos en la nueva senda que emprendia, en beneficio del príncipe D. Felipe? Precisamente en la época de su mayor gloria y engrandecimiento; por mas que no sean de nuestra opinion escritores respetables, que en esto han seguido las huellas de otros, poco escrupulosos en asentar hechos, desmentidos por autoridades contemporáneas de los sucesos y por lo tanto nada sospechosas en sus apreciaciones. Hay mas: la historia se contradice lastimosamente al señalar las causas del inesperado retiro del Emperador, y esto prueba que no anda muy acertada, al suponer que sus negocios políticos y su ascendiente poderoso iban de caida en Europa. Hé aquí los testimonios en que apoyamos nuestra acusacion:

«El fallecimiento de Julio III, cuya silla ocupó solo por veinte dias Marcelo Cervino y despues el cardenal Carrafa con el nombre de Paulo IV, causó al Emperador grande sentimiento, por ser este Pontífice enemigo declarado de la casa de Austria.... (Por estas palabras comprenderán nuestros lectores que no es fácil adivinar á primera vista si era Paulo IV ó bien Julio III el adversario de los derechos de la familia de D. Cárlos).» La pérdida de su madre doña Juana, que falleció tambien en aquellos dias, fué para

«Cárlas otro nuevo motivo de disgusto, y estas causas, reunidas á
«las de tantas y tan continuas guerras, y al mal estado de su salud,
«le hicieron suspirar por una vida tranquila y retirada.» (1)

«Cuando se hallaba ya D. Cárlas victorioso de los hereges y ocu-
«pado en repeler la invasion, hecha por el turco en Alemania, el
«Rey de Francia se apoderó de la ciudad de Metz en Lorena, la
«cual pertenecia al imperio, é introdujo asimismo la guerra en el
«Milanesado y los Países Bajos. Tuvo pues que contemporizar el
«Emperador con los protestantes, y aun restituyó la libertad á sus
«principales gefes, á fin de que se separasen de la alianza con Fran-
«cia, y reuniendo un ejército respetable, emprendió la reconquista
«de Metz con sumo empeño. Encerróse en la plaza el duque de
«Guisa y la defendió heroicamente: mas hubiera tenido que rendirla,
«á no ser la estacion muy rigurosa y haber sobrevenido una enfer-
«medad contagiosa en el ejército imperial, cuyas circunstancias
«obligaron al César á levantar el sitio. Esta desgracia le causó aun
«mas pesar, que la que esperimentó delante de Marsella, y desde
«entónces miró ya con tédio el arte de la guerra. Dos años despues
«fué tambien derrotado su ejército por las armas francesas cerca
«de Renti, en el pais de Artois, y esta noticia, acabando de desen-
«gañarle del mundo y de sus glorias, le hizo prorumpir: *¡Cómo
«se conoce que la fortuna es dama cortesana, que gusta de los mozos
«y se cansa de los viejos!* Fatigado ya por último de las armas y pa-
«decido bastante de la gota y otros achaques, renunció la corona
«de España, con los reinos de Nápoles, Sicilia, Cerdeña, los Pai-
«ses Bajos y el Milanesado á favor de su hijo el príncipe D. Felipe,
«declarando anejas á la corona de Castilla las posesiones de Amé-
«rica conquistadas en su tiempo, y el imperio á D. Fernando, ya
«Rey de Romanos.» (2).

(1) Esc..... *Comp. de la Hist. de España* Tom. II pág. 90 y 91.

(2) Ran.... *Comp. de la Hist. de España desde su origen*. Cuarta edicion. Pág. 210
y 211.

El primer pensamiento que debe ocurrir naturalmente á nuestros lectores es el de la duda, al enterarse de estas dos versiones, presentadas por la historia, como causas primordiales de la abdicacion de D. Carlos. En una de ellas nada se alega para persuadirnos de que las derrotas sufridas por sus armas le obligasen á renunciar al mundo; se atribuye, por el contrario, esta gravísima determinacion á la muerte de un Papa, al nombramiento de otro y á la pérdida de su madre doña Juana *la loca*. En la otra se vé que los descalabros, el levantamiento del sitio de una plaza y una escaramuza de mal éxito, pues tal fué la ponderada batalla de Renti, disgustan al Emperador en términos, que semejante á un niño mimado, cuando rompe sus juguetes, arroja la corona y el cetro léjos de sí, y se marcha mohino y cabizbajo á llorar de rábia, por el mal éxito de sus terquedades. Conviene pues que la historia se ponga de acuerdo consigo misma, antes de ofrecernos como hechos indudables ciertas apreciaciones hijas del poco concienzudo exámen, así del carácter de los personajes que en aquellos figuran, como de los mismos acontecimientos importantes que se relatan.

Nadie es capaz de figurarse que Carlos V, en cuyas manos estaba la eleccion del sucesor de Julio III, se resintiese por la consagracion de Paulo IV; lo natural, lo lógico era que el Emperador no abandonase el gobierno de sus estados, cuando de su union con Roma dependia la muerte de las esperanzas del partido protestante. El Papa no se concertó con el rey de Francia, para que éste, rompiendo la trégua de Bauceles, renovase las hostilidades contra España, mientras D. Carlos estuvo al frente de los negocios: lo hizo, reinando ya D. Felipe, y nadie ignora de qué modo dejó bien puesto el duque de Alba el honor de las armas de Castilla. Es pues evidente que ningun acto de Paulo IV pudo contribuir al retiro del César, quien le felicitó cordialmente por su advenimiento al Pontificado, como *hijo sumiso de la Iglesia y celoso defensor de la Religion católica*. Inútil nos parece detenernos en refutar la especie de

que, para resolverse á abdicar, se unió al anterior motivo el fallecimiento de la reina doña Juana. Basta dejar consignado que esta desventurada Señora pasó á mejor vida el día 11 de abril de 1555 y D. Carlos renunció la corona de España y se retiró á San Gerónimo de Yuste á mediados de 1556, es decir, mas de un año despues de la muerte de su madre, y cuando habia ya abandonado el luto por tan triste acaso.

¿Qué añadiremos respecto á las ventajas obtenidas por el Rey de Francia en la Lorena y en los Países Bajos? ¿Podían inquietar estas correrías al caudillo de una hueste formidable, que habia hecho levantar al Delfin el sitio de Perpignan, que precisó á transigir al duque de Cleves en el Bravante, que por medio de una operacion decisiva, penetró en Francia y avanzando sobre París, precedido del terror y la victoria, puso en tal consternacion al valiente Francisco *primero*, que éste, para salvarse, tuvo que solicitar la paz, renunciando á sus pretensiones sobre Milan, Nápoles y otros muchos paises? ¿Qué importaba un mes mas de guerra al que acababa de destrozar un ejército de ciento veinte mil *Protestantes*, consiguiendo tan completa victoria, que hizo prisioneros á sus dos principales caudillos los Electores de Sajonia y de Hesse, y apaciguó todas las revoluciones, que la doctrina de Lutero habia causado? Ciertos es que Enrique de Francia sitió la plaza de Renti, pero Carlos le embistió, obligándole á huir y persiguiéndole; y si bien al principio se vió rechazado y tuvo que replegarse con alguna desventaja, no tardó en avanzar de nuevo, hasta el punto de penetrar en la Picardía, cuyo país asolaron las tropas imperiales. El Emperador levantó el cerco, que habia establecido delante de Metz, por haberse declarado entre los sitiadores una enfermedad epidémica, cuando precisamente el duque de Guisa trataba de rendirse con toda la guarnicion: hé aquí el único contratiempo verdadero, que sufrió en aquella campaña; mas ya sabia entónces que el marqués de Marignan, que mandaba en Italia los tercios españoles, habia destruido al floren-

tino Strozzi, intrépido aventurero y general de Enrique, y que había obligado al francés Montluc á rendir la plaza de Siena, despues de cuatro meses de sitio. ¿Quién imaginará, en vista de lo espuesto, que las vicisitudes de la guerra tuvieron gran parte en el sacrificio heroico de Carlos V?

Para los que deseen encontrar en la novela algo mas que un pasatiempo ó una distraccion, no creemos sean enteramente inútiles las anteriores observaciones. No se nos oculta sin embargo que con ellas debemos haber excitado su curiosidad, por cuanto, al repasarlas, será muy natural que se pregunten nuestros lectores:

Si los motivos alegados por la historia, para la abdicacion de Carlos de Gante, no pudieron influir poderosa ni principalmente en tan notable acaecimiento ¿qué causas misteriosas, ó al menos desconocidas hasta hoy, lo produjeron?

Vamos á satisfacer, en lo que se nos alcanza, esa razonable y justificada curiosidad.

El hijo de doña Juana *la loca* era muy jóven, cuando fué llamado á empuñar el cetro de Castilla, despues del fallecimiento de Fernando *el Católico*, por la imposibilidad moral, en que se hallaba su madre. Durante su primera permanencia en España solo se vió cercado de aduladores flamencos, interesados en ocultarle la verdadera situacion del reino, para apoderarse de sus riquezas. El cardenal Adriano, con quien podia contar, era un hombre virtuoso, un prelado incorruptible, pero como ministro, débil y medroso en alto grado. Cedia, aunque con disgusto, á la altanería de Chevres, cuyos manejos solo tenian el fin de alucinar al Rey y ejercer una tiranía insoportable sobre los castellanos; y la consecuencia de este des-gobierno fué el disgusto general de los nobles y de las ciudades. Carlos tenia pues contra sí la rapiña de los flamencos y la mala voluntad de los españoles, cuando la muerte de su abuelo paterno, el emperador Maximiliano, le abrió las puertas del imperio aleman. Entónces solo pensó en las intrigas y asechanzas de Francisco pri-

mero, y á fuer de valiente, juró anonadar su poder, fiando al tiempo y á sus victorias el empeño que abrigaba, de hacerse amar de las ciudades castellanas.

Sabido es que antes de embarcarse en la Coruña, se trasladó desde Valladolid el nuevo Emperador á Zaragoza, para ser jurado en Córtes como rey de España, y que luego pasó á Barcelona con el mismo objeto.

« Y allí en Sarriá de los Condes cuando
 «huia de los obsequios de los honradísimos Consellers, vió como
 «en pesadilla ó en sueño la figura encantadora de una hermosí-
 «sima doncella, humilde por su cuna, pero elevada por sus pen-
 «samientos. Y debió ser aquella sobrenatural aparicion, por cuanto
 «la inocente niña, de rostro angelical y de puros y hechiceros
 «atractivos, de nadie era conocida en la villa de Sarriá; y llegó
 «allí como enviada del cielo. Retirado el rey D. Cárlos en su es-
 «tancia, y siendo ya transcurridas las primeras horas de la noche,
 «despertóse con sobresalto, por haber llegado hasta él un sordo
 «ruido, y saliendo al medio de la régia habitacion, cautivó primero
 «sus ojos y casi al mismo instante sus sentidos y potencias la imá-
 «gen peregrina, que nunca mas debia olvidar entre el esplendor
 «de su grandeza. Quiso adorarla, imaginando que su aparicion
 «era milagro..... y milagro fué ciertamente, porque la bellísima
 «doncella, que dijo llamarse MARÍA, le anunció que acababa de ser
 «proclamado César augusto del imperio germánico. El César des-
 «de entonces se mostró caviloso é inquieto durante su vida, y nada
 «en el mundo pudo apartar de su imaginacion la memoria de aque-
 «lla noche, que pasó en Sarriá. Andando el tiempo, aficionáronse
 «sus sentidos, mas no su alma, de una bella flamenca, conocida
 «en la ciudad de Ratisbona por su habilidad en el arte del canto,
 «y de ella tuvo un hijo que se llamó D. Juan de Austria, que na-
 «ció el dia 24 de febrero de 1545 y fué un esforzadísimo caudillo;
 «mas pronto olvidó á la manceba, para alimentarse con los recuer-

«dos de MARÍA, que desechó su amor y murió en desgracia, causando á D. Cárlos de Gante, la mayor desesperacion que tuvo jamás, y que dió al traste con todos sus propósitos de ambicion y de gloria.» (1)

Hé aquí descifrado el enigma; hé aquí el secreto de la abdicacion del Rey-Emperador y de su retiro al monasterio de Yuste. Una pasion mas poderosa que su voluntad, una pasion no satisfecha y mal reprimida le disgustó del poder y del mundo. Despues de haber sido héroe invicto, fué esclavo de su carazon; la religion le ofreció sus consuelos y se consagró al único que podia comprender y aliviar sus ignorados dolores. En la soledad de un claustro pudo dedicarse á pensar libremente en Dios y en María. Por eso fueron para él dulces, tranquilos y apacibles los últimos instantes de una existencia, destinada á ofrecer al mundo el ejemplo de la mas sublime abnegacion.

(1) *Manuscrito inédito del Padre Soriano. Pág. 86 y 87.*



INDICE

de los capítulos que contiene esta historia.

INTRODUCCION.

	Pág.
En la Estrella de Castilla	5

PARTE PRIMERA.

Espanoles y Flamencos.

CAP. I. En el cual queda probado que las lentejas pueden mas que la gota.. . . .	17
II. En que se manifiesta que de noche todos los gatos son pardos.	28
III. Presentimientos de una reina loca y síntomas re- volucionarios de monarquismo puro en Torde- sillas.	41
IV. De como el conde D. Francesillo cazó una loba y D. César aseguró la garza.	57

	Pág.
CAP. V. Un banquete diplomático á principios del siglo XVI.	74
VI. De como el conde D. Francés castigó á los alborotadores de Tordesillas y el capitan D. César no cazó la garza.. . . .	87
VII. El autor dá principio á él, se encuentra sin saber como seguirlo y tiene que suspenderlo.. . . .	101
VIII. Esplicaciones que nada resuelven.. . . .	115
IX. En el cual se dan la mano, como por encanto, las tres aventuras, á fin de que el autor no pueda elegir ninguna de ellas.	128
X. En el que se manifiesta, que la garza sabía interpretar, sin querer, el contenido de una carta de Flandes.	140
XI. El capitan D. César, la muerte del justo y el paño fúnebre.	157
XII. La jura del Rey y las barbas del Emperador.	173
XIII. Tyrios y Troyanos, el Ginete y lo que hacian en España los tres ministros del Rey.. . . .	188
XIV. La desgracia aguja el ingénio de Quincoces y éste remedia los desaciertos del capitan Mendoza y el alférez Alarcon.	199
XV. Los Hijos del Puñal.	214
XVI. La mensagera de la Virgen de Monserrate.	232

PARTE SEGUNDA.

Comuneros é Imperiales.

CAP. I. En que el posadero de Rueda de Medina parece que no vé gota, aunque tenia muy buenos ojos.	246
II. Primeros síntomas de la guerra de los Comuneros y partida de D. Carlos.. . . .	264
III. Alzase Toledo y se fuga la <i>Garza Real</i>	274
IV. Levantamiento de Castilla.. . . .	288

	Pag.
CAP. V. De como el conde D. Francesillo encontró lo que no apetecía, por meterse en camisa de once varas.	302
VI. En que el autor, sin la vènia de sus lectores, interrumpe el precedente, para dar cuenta de otros muchos mas tristes sucesos.	316
VII. En el cual se anuda el hilo de lo que encontró el conde D. Francés contra su gusto.	331
VIII. La toma de Tordesillas.	344
IX. En que se prueba prácticamente, que si el emperador de Alemania era tardío, como rey de España no dejaba de ser seguro.	358
X. De como el conde D. Francés, fué curado por unas manos que hubiera querido ver cortadas.	367
XI. De como recibia el cardenal Adriano las malas nuevas.	376
XII. En el cual se prueba que la Loba tenia buen olfato y que el condestable de Castilla sabia levantar la caza.	390
XIII. La jornada de Villalar.	401
XIV. Tres corazones desgarrados.	409
XV. El último suspiro de las Comunidades.	422
XVI. De como Francesillo aseguró de nuevo á la <i>Loba</i> y la <i>Loba</i> volvió á reirse de Francesillo.	432
XVII. La ambicion de Francesillo y las esperanzas del emperador D. Carlos.	441
XVIII. En el cual se prueba que Dios castiga al malo, sin piedra ni palo.	454

PARTE TERCERA.

El monasterio de Yuste.

CAP. I. La cita.	467
II. La Priora del monasterio de Santo Domingo el Real.	476

	Pág.
CAP. III. Muerte del proveedor de la mesa del Rey.	488
IV. Reseña histórica desde 1524 hasta 1536.	500
V. En el cual dá el Emperador á Francesillo sus últimas órdenes.	511
VI. El nuevo Rey y el amigo viejo.	523
VII. Dos monges mas en el monasterio de Yuste.	531
VIII. La muerte del Almirante.	541
IX. Las exequias del Emperador.	551
X. En que se dá cuenta del modo con que el Guardian de San Francisco, que figura en esta historia, consiguió que se convirtiesen sus sospechas en realidades.	563
XI. La consulta y el testamento.	574
XII. En el cual aparece probado que dos antiguos amigos pueden matarse á estocadas por una sentencia que no se ha pronunciado.	583
XIII. La muerte de Carlos V.	595
XIV. La absolucion de la Priora.	602

Conclusion.

La cuenta saldada.	608
----------------------------	-----

Cuatro palabras mas.

El autor de la novela á sus lectores.	617
---	-----

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

	<u>Pág.</u>
Retrato de Carlos V.	1
Ahí teneis los poderes etc.	27
Duerme tranquilo etc.	49
Toma.... toma.... toma etc.	92
Sois la sabrosa fuente de natillas etc..	129
A mí... á D. Cé...sar... de Men...do...za	158
En nombre de Jesucristo crucificado etc.	192
<i>Hijos det puñal</i> ni Enrique ni Francisco etc.	230
El perdon de esa muger etc.	252
Muera el infame Tordesillas etc.	293
Incendio y destruccion de Medina del Campo.	319
A la muralla, valientes etc.	356
Castilla y Comunidad etc.	407
Toledanos.... vengemos la muerte etc.	425
Él es.... el obispo Acuña que acaba de asesinar á mi padre.	462
Rendíos quien quiera que seais etc.	505
¡Cómo! ¿No está ya en París etc.	538
De este modo asistió en vida etc.	559
Allí.... en la gloria.... etc..	569
Hé aquí en lo que vienen á parar todas las grandezas etc.	600

ÍNDICE

TARIFA DE COLECCIÓN DE LAS LAMINAS

500	Alm... en la gloria... etc.
550	De este modo asistió en vida etc.
588	Comel... en París etc.
505	Reñidos quien quiera que seas etc.
462	El... el obispo Acuña que acaba de asesinar a mi padre.
425	Toleros... vengamos la muerte etc.
407	Castilla y Comunidad etc.
380	A la maralla, valientes etc.
310	Incendio y destrucción de Alhambra del Campo.
303	Alcornoque y alcornoque Torbellinos etc.
282	El perdón de las mentes etc.
230	Hijos del mundo... mi amigo el Francisco etc.
181	En memoria de la muerte envenenada etc.
158	... a D. ... de ... de ...
130	Solo la espada fuere de ...
92	Toma... torres... torres etc.
18	Duena y ... etc.
27	Alí teneis los poderes etc.
1	Historia de Carlos V.

FAC-SIMILES

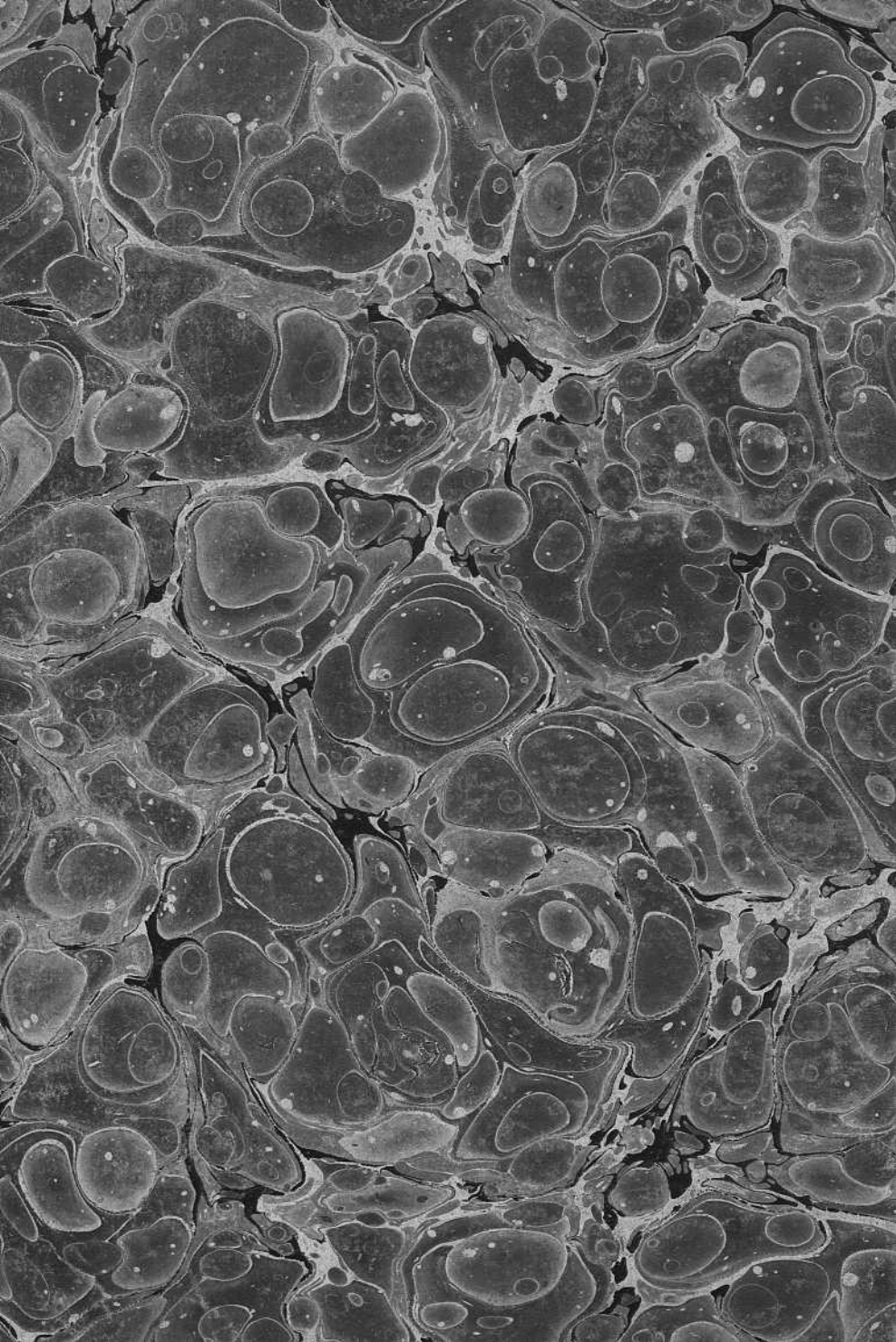
que contiene esta obra.

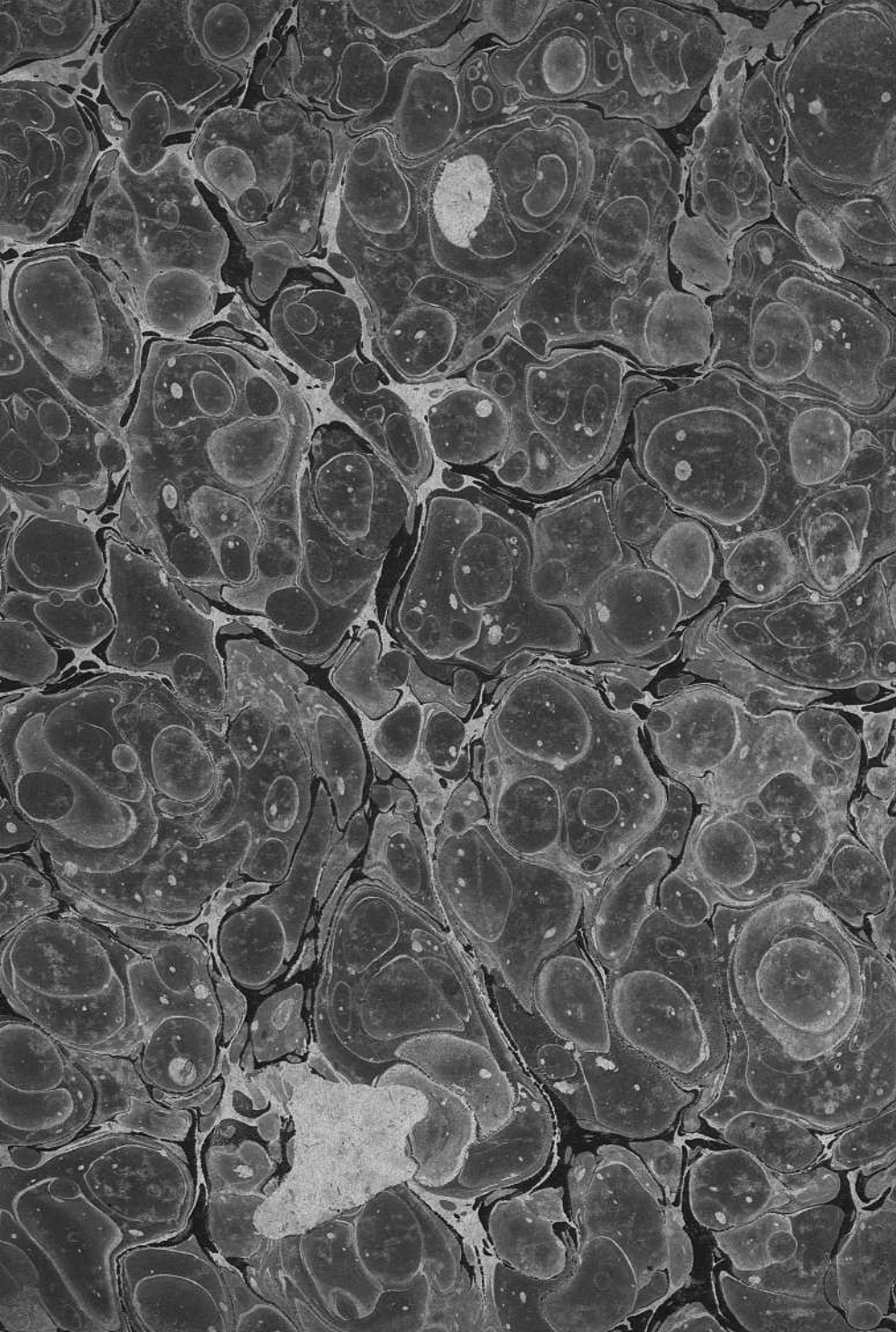
	<u>Pág.</u>
Del cardenal Ximenez de Cisneros.	156
De la reina doña Juana, <i>la Loca</i>	172
Del Rey-emperador D. Carlos de Gante.	187
Del alcalde Ronquillo.	263
Del conde de Haro.	357
De D. Pedro Giron.	366
De Juan de Padilla.	389
Del condestable de Castilla.	400
De Juan Bravo.	408
De Francisco Maldonado.	431
Del almirante de Castilla.	550
Del obispo de Zamora.	562

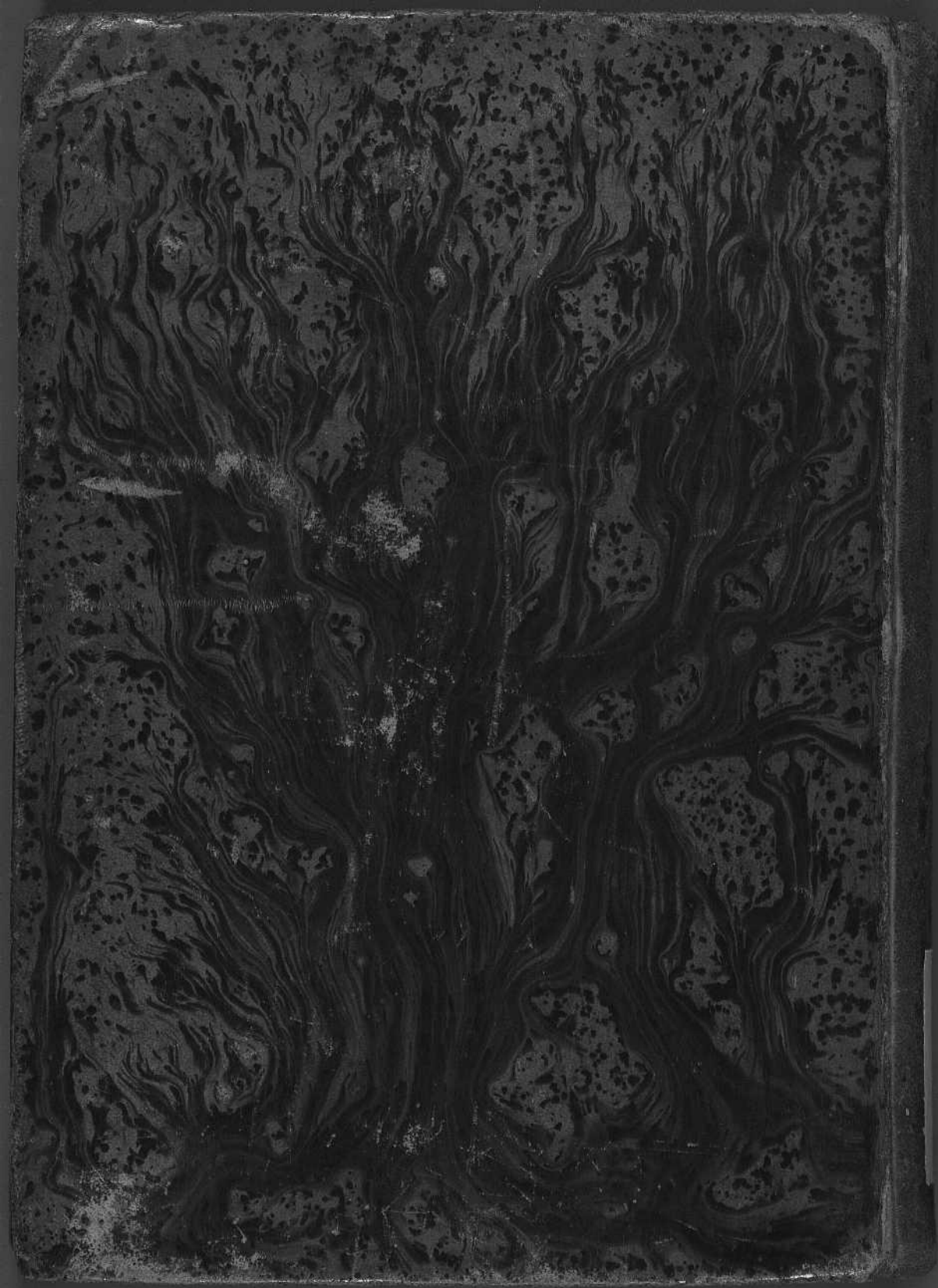
en adelante esta obra.

156	Del cardenal Ximenez de Cisneros
172	De la reina doña Juana la Loca
187	Del Rey-emperador D. Carlos de Habsburgo
282	Del escultor Biondino
357	Del conde de Haro
366	De D. Pedro Giron
383	De Juan de Pablos
400	Del condestable de Castilla
408	De Juan Bravo
431	De Francisco Melancholes
520	Del almirante de Castilla
582	Del obispo de Zamora









G 30670